

## VI EL VIAJE A MEMPHIS (2): SIEMBRAS PARA UNA MISIÓN

### 57. Acto (1): el desgarró

(4 de septiembre) Heme aquí dispuesto al fin a retomar el hilo del relato: la historia de mi relación con Dios. Lo había dejado en suspenso ante la inesperada llegada de una reflexión religiosa y metafísica totalmente fuera de programa, que me ha tenido en vilo durante más de dos meses<sup>1</sup>. Por tanto, durante más tiempo que el que había estado escribiendo la Llave de los Sueños cuando me dispuse a dejar mi “hilo”, justo para anotar de pasada (una digresión de una o dos horas en mi relato, todo lo más...) una impresión que me había chocado: que Dios tenía esa extraña costumbre, la de hablar siempre en voz tan baja...

Había llegado, en mi retrospectiva de los episodios que me parecen cruciales en mi aventura espiritual, al “gran viraje” de 1970: cuando dejé, para no volver, el medio del que formaba parte y al que me había identificado durante veinte años de mi vida. Ese episodio (que al principio no pensaba señalar más que de pasada y que incluí como a mi pesar, hasta tal punto parecía “fuera de lugar”...) es el tema de la reflexión “El viraje — o el fin de un sopor” (sección n<sup>o</sup> 33), del 21 de junio. En las dos secciones siguientes (“Fe y misión — o la infidelidad (1)” y “La muerte interpela — o la infidelidad (2)”), escritas en los cuatro días siguientes (22–25 de junio), retrocedo trece años para examinar, por primera vez en mi vida, el insólito episodio que ahora me aparece como la primera *llamada* para entrar en mi misión. Llamada insistente, claramente escuchada ¡y sin embargo no seguida! En mi vida, tan rica en errores y desorientaciones de toda clase, este episodio (a mis treinta años) fue quizás la primera infidelidad a mí mismo verdaderamente esencial; quizás también la única, al menos de tal magnitud. Seguir esa llamada, ciertamente hubiera sido locura a los ojos de cualquiera<sup>2</sup>, según la famosa “sabiduría del mundo”. Pero no a los míos, en ningún momento de ese año memorable. Si no la seguí, no fue rechazando la llamada, sino olvidándola. Igual que el “joven rico” de la parábola<sup>3</sup>, preferí permanecer prisionero de mis “bienes”. (De los que, en cierto momento, supe sentir el carácter irrisorio después de todo, o al menos todas sus carencias...)

Por el contrario, trece años más tarde, al desgarrarme con amargura de la institución de la que había sido el primero en fundamentar su fama y en la que pensaba terminar mis días, y al dejar luego (por la lógica interna del nuevo camino al fin emprendido) el medio matemático para convertirme, durante unos años tumultuosos, en un infatigable apóstol de la Vida, amenazada por la locura de los hombres — es en ese momento (me parece ahora, con la perspectiva de diecisiete años) cuando al fin “me puse en marcha” para entrar en mi misión.

Ciertamente, como ya he señalado<sup>4</sup>, aunque entraba en la vía de una “gran causa”, de una tarea candente de inmensas dimensiones (dimensiones que al final incluso me parecía que sobrepasaban las meras posibilidades humanas...), esa vía aún no era lo que llamaría una “vía espiritual”. En primer lugar, en modo alguno aparecía ligada a una profundización interior, de la que a decir verdad entonces no tenía la menor idea. En los tres o cuatro años siguientes es cuando, a través de la barahúnda de las discusiones, los análisis, las tomas de posición y los manifiestos más variopintos, nace en mí, poco a poco, ese presentimiento de que no sólo la suerte (e incluso la supervivencia física) de nuestra especie está indisolublemente ligada a una profunda transformación de las mentalidades, sino que también la “tarea” más esencial que tenía ante mí era realizar tal transformación en mi propia vida.

Eran años de intensa efervescencia ideológica y espiritual, no sólo en mi vida sino en la de cientos

---

<sup>1</sup>Entre el 26 de junio y el 3 de septiembre. Para una retrospectiva del trabajo en cuestión, ver el principio de las secciones “La convergencia imposible” y “Creación y voz interior — o el conocimiento espiritual (6)” (n<sup>os</sup> 37, 55), así como el principio de la nota “La Ley, el discurso y el Ruido — o un ciclo milenarío se cierra” (n<sup>o</sup> 57).

<sup>2</sup>Salvo mi madre, que estaba en situación, ella sí, de comprender que se pueda subordinar todo a una llamada interior. Además debí darle a entender que me disponía a dejar el trabajo matemático para hacerme escritor, y no era algo que le disgustase...

<sup>3</sup>Véase al respecto el principio de la nota “La muerte interpela — o la infidelidad (2)” (n<sup>o</sup> 35).

<sup>4</sup>En la sección “El viraje — o el fin de un sopor” (n<sup>o</sup> 33), nota a pie de página.

de miles de hombres y mujeres, en la estela de los “sucesos” de Mayo del 68<sup>5</sup>. Sobre todo jóvenes, pero también algunos menos jóvenes como yo (que entonces tenía 42 años), se levantaron por todo el mundo, y más particularmente en Francia y en los Estados Unidos, para “cambiar la vida”. Pero en el momento de desgarrarme de una órbita de vida (¿pero eso era “vida”?) que parecía de una estabilidad inmutable, tan fuerte era en mí el impulso que la mantenía, aún no sospechaba nada de esa eferescencia que surgía por todas partes, y de la que nada se filtraba en el vaso hermético en que permanecía encerrado. Me dedicaba por entero a mi pasión de investigar, identificado a la vez en cuerpo y alma con ese gratificante papel de pionero y gran visionario en que ella me hundía.

Me vi forzado a ese desgarrar por una circunstancia aparentemente fortuita<sup>6</sup>, por un arranque de fidelidad a unas convicciones íntimas tan profundamente arraigadas que hacer componendas con ellas (idea que por otra parte no afloró en ningún momento) hubiera sido una traición a lo más profundo de mí, más allá de mi identificación superficial con el papel que me era asignado — identificación sin base real en mi ser profundo. *Hasta qué punto* era así, hasta qué punto lo que me parecía una exigencia elemental de integridad en el ejercicio de mi profesión<sup>7</sup> era considerado nulo y despreciable, e incluso vagamente ridículo, por todos mis amigos y hasta por mis alumnos en mi mundo adoptivo, al que me había identificado tan calurosamente — eso no lo aprendí hasta ese momento, y en los meses siguientes. Esa experiencia, que me revela progresivamente, y de manera cada vez más irrecusable, una diferencia (que ahora llamaría una diferencia de *universo espiritual*) esencial, irreducible e infranqueable, con unos seres que había sentido y creído cercanos (o que me gustaba y me convenía creer cercanos, a pesar de todo lo que me gritaba lo contrario...), la experiencia por tanto del carácter *ilusorio* de cierta visión de la realidad que me implicaba de modo neurálgico, y en la que me había complacido hasta entonces — es ella seguramente la que hizo tan doloroso y tan amargo el acto decisivo del desgarrar. Y haberme *dado cuenta* de mi ilusión en lugar de seguir aferrándome a ella cueste lo que cueste (echando todo el agua que hiciera falta en mi vino...) es lo que hizo irreversible ese acto y le dio todo su alcance. Desde entonces ya no fue, como en un principio parecía, el acto de dejar simplemente una institución que a mis ojos había desmerecido, para lanzarme en paracaídas en otra presumiblemente mejor que ya me abría sus grandes puertas; sino más bien el acto de un hombre que corta sus amarras — que deja un medio y los valores y el modo de vida que lo acompañan, para no volver jamás. En el espacio de unos meses, mi pasión dominante y mis tareas principales, mi campo de acción, los amigos con los que haría cosas en común, iban a ser totalmente diferentes de los que lo habían sido durante toda mi vida de adulto.

Ciertamente ese cambio, movido por una fidelidad a mi ser profundo, no afectaba sin embargo a las capas de la psique por poco profundas que fueran. Fuera ya de mis termas científicas, si la nueva mirada que entonces dirigí sobre el mundo (¡como uno que acaba de desembarcar!) me incluía realmente, era más por mi papel en la sociedad y por las contradicciones inherentes a ese papel, que por el que *yo era* y que en verdad, sin percatarme lo más mínimo, ignoraba casi totalmente. *Quién* era, verdaderamente no iba a comenzar a descubrirlo hasta seis años después, al descubrir la meditación<sup>8</sup>. Pero ese descubrimiento crucial de mí mismo no hubiera podido hacerse, seguramente, si antes no hubiera sido preparado por el descubrimiento del mundo que me rodeaba, y por una confrontación con otras formas diferentes de mirarlo. Y el acto de “desgarramiento” de mi medio adoptivo fue a la vez, sin percatarme aún en el momento, justamente el acto por el que empujaba y franqueaba una *puerta* que hasta entonces había mantenido cerrada sobre mí ¡y que

---

<sup>5</sup>Véase al respecto la nota “La Gran Revolución Cultural será desencadenada por Dios” (nº 18). Durante “los sucesos”, ante todo fui espectador, atónito y maravillado a la vez por lo que sucedía, ¡verdadero cuento de hadas de Utopía! De todos modos terminé por unirme a un Comité de profesores en la Facultad de Orsay, a fin de poner en pie un proyecto de reforma de la Universidad (que no tuvo futuro, quién lo duda), basado en una separación entre la función de investigación y la de enseñanza.

<sup>6</sup>Se trata del descubrimiento de la presencia de un 5% que provenía del ministerio del ejército, en las fuentes de financiación de mi institución (El Institut des Hautes Études Scientifiques en Bures sur Yvette). Para más detalles, ver CyS III nota nº 134<sub>1</sub>.

<sup>7</sup>Se trata del rechazo total de la investigación con fines militares, y de la intromisión del ejército en la vida científica, principalmente como fuente de financiación (ver la nota a pie de página precedente). Mis convicciones antimilitaristas, tan fuertes hoy como antes, no se limitan sólo a mi vida profesional. No quiero ni oír hablar de llevar el uniforme, ni de dejarme llevar por no se qué circunstancias para convertirme en verdugo, o informador de la policía — aunque tuviera que dejarme fusilar, si hubiera que pasar por ahí. Ésta es la razón por la que no pedí mi naturalización antes de 1972 y permanecí apátrida hasta ese momento. Las oportunidades de encontrar en alguna parte un puesto estable en la investigación científica, siendo apátrida, son de lo más problemáticas. Estaba dispuesto, caso de ser necesario, a renunciar a mi primera vocación, y conformarme con un oficio artesanal que me atrajera, como el de carpintero o ebanista.

<sup>8</sup>Respecto a ese descubrimiento, ver la sub-nota “La fruta prohibida (1): resistencias y sufrimiento del creador” (nºs 56, 6)), principalmente las páginas 247–249.

ahora se abría de par en par sobre un mundo nuevo! Sólo entonces comprendí que ese medio en el que había vivido muellemente también había sido mi *prisión*. Una prisión muy confortable, ciertamente, dorada y acolchada y de aire enrarecido, de la que acabé desgarrándome tan dolorosamente, medio asfixiado, para volver en mí ¡y respirar a bocanadas el tonificante aire del exterior!

Fue una *liberación*, sí. Y, creo que por primera vez en mi vida, entonces me fue dado conocer la maravillosa alegría y la plenitud del que siente desprenderse de él pesadas trabas cuya existencia ni siquiera había sentido hasta entonces, y ve abrirse ante él un mundo insospechado, llamándole a descubrirlo. Y creo que también es la primera vez<sup>9</sup> que experimenté eso tan extraño, que iba a renovarse tantas y tantas veces: que algo que me llegaba con todas las apariencias de un “mal” contra el que todo mi ser se resistía y se sublevaba, una vez consumado y asumido, se revelaba una bendición.

58. El acto (2): toda creación es un comienzo sin fin

(5 de septiembre) Habiéndome desgarrado del universo cerrado que hasta entonces había encerrado mi vida de adulto, me encontré catapultado en la efervescencia post-Mayo del 68, que en esos años atraía al espíritu de muchos de los seres más vitales. Era un ambiente de rescoldo de revolución cultural, abriéndose un camino un poco en todas las capas sociales y en todos los medios, dispuesto (así parecía) a inflamarse de nuevo para consumir a un mundo agonizante.

No es mi propósito entretenerme aquí con un cuadro de esa gran fermentación creadora, tal y como la viví en calidad de testigo y co-actor. Durante dos o tres años (entre 1970 y 1972), como uno de los principales animadores en el grupo “Sobrevivir y Vivir” (al que me consagué con un ardor parecido al que anteriormente había puesto en mi dedicación a la matemática), y como director y redactor principal del boletín mensual del mismo nombre, estuve tan interesado como se pueda estarlo en lo que pasaba un poco por todas partes, tanto en París y en provincias como fuera de Francia, y muy particularmente en Estados Unidos, donde la “contra-cultura” pegaba fuerte. Pasaba de seis a ocho diarias con la correspondencia suscitada por nuestra acción, y lo mejor del tiempo que quedaba lo consagraba a contactos de viva voz, principalmente en las reuniones y en la permanente del grupo. También estaban las “intervenciones” en el exterior: discusiones públicas sobre los temas más diversos (todos ligados y mostrando la gran Crisis de Civilización), en salas de fiestas de los ayuntamientos de las afueras o en pueblos en el quinto infierno, en instituciones de investigación, universidades y escuelas, desde las más empiringotadas a los colegios más infames, incluyendo una pequeña escuela comunal de las afueras, con unos niños formales y algo asombrados... Mis títulos universitarios y (en las grandes ocasiones) mi fama de sabio-vedette servían de Ábrete-sésamo ¡con una infalible eficacia que sorprendía! A menudo, los funcionarios que nos invitaban<sup>10</sup> estaban muy lejos de sospechar que un Señor tan distinguido (en ese momento profesor del Colegio de Francia) se desplazaba expresamente para ir a sembrar la confusión en los espíritus. Alguno debió permanecer mucho tiempo preguntándose quién les había llegado...

Ése también fue el periodo de mi vida, y con mucho, en que me encontré con más gente — hasta el punto de que a veces ¡la cabeza me daba vueltas!, a mí que soy de temperamento más bien solitario, Creo que directa o indirectamente, en cuanto a las gentes que he encontrado y frecuentado después, muchas de las cuales han sido importantes en mi vida, esos encuentros surgieron de esos años tumultuosos, en que me froté con mis semejantes más que en los restantes años de mi vida todos juntos.

---

<sup>9</sup>Sin embargo hubo una ocasión similar, cuando la muerte de mi madre, de la que hablo en la sección “La muerte interpela — o la infidelidad (2)” (nº 35).

<sup>10</sup>A menudo, la invitación se dirigía a mí en persona, pero con frecuencia yo pedía poder llevar conmigo uno o dos “colegas y amigos” (de Sobrevivir y Vivir, ¡todo hay que decirlo!). Su activa presencia tenía el efecto de animar y relajar los debates, al estar menos centrados en la persona de un “invitado famoso” (que no tenía el estilo del “Señor distinguido”...). Esas invitaciones casi siempre eran sugeridas, con la mayor inocencia del mundo, por personal de la institución que era simpatizante del grupo, después de ponerse de acuerdo con nosotros.

He tenido tendencia a olvidar un poco ese periodo de intensa fermentación, que sólo duró un tiempo antes de decaer y de ser más o menos reabsorbido (al menos así pudiera parecer) en la inercia general. Ciertamente, las inmensas esperanzas que alumbró y que motivó, esperanzas tan locas y tan “imposibles” como los sucesos (“parte de la historia” no obstante) que desencadenaron esa fiebre repentina y saludable, permanecieron sin futuro. No sólo la revolución cultural a escala planetaria no tuvo lugar, ni ningún otro suceso notable de igual orden a escala de un país o aunque fuera de una ciudad. Sino que parecería que la inercia universal de los corazones y los espíritus se hubiera acrecentado de año en año, cercandando uno a uno y arrastrando al hábito de los egoísmos, de las rutinas y de la mediocridad satisfecha de sí misma a aquellos que se dejaron levantar, por espacio de unos años, por una fe generosa en las capacidades creadoras que había en ellos mismos y en el hombre. En ese combate desigual del espíritu que la materia aprisiona y carga, de los procesos creativos que oscuramente se obstinan en el seno de una masa amorfa lastrada por una inmensa inercia, de un futuro incierto aplastado por todo el peso de los determinismos de hoy, de ayer y de un pasado inmemorial, parecería que el peso bruto de la masa y el número finalmente hubieran vencido y hubieran borrado hasta las trazas, infinitamente frágiles, improbables, efímeras, de un futuro creador y humano. Al menos ésa era la impresión inexpresada que terminó por decantarse en mí a lo largo de los años. Aún era mía el año pasado. Había terminado por resignarme, en suma, a no esperar nada del exterior que alimentase o al menos estimulase mi propio caminar. Todo, o casi todo, lo que me llegó de allí, después de los intensos y fecundos años del comienzo de Sobrevivir y Vivir en 1970–72, me parecía ante todo como otros tantos pesos y trampas para frenarme o disuadirme de avanzar...

Sin embargo, después de la inaudita cosecha de sueños desde el año pasado, y sobre todo de sueños metafísicos y sueños proféticos, y también por la reflexión realizada con la escritura de la Llave de los Sueños, mi óptica para evaluar el lugar y el alcance de las cosas se ha transformado mucho. Soy llevado cada vez menos a dejarme impresionar por la aplastante evidencia de lo *cuantitativo*, de la masa y de la cifra, esa pesada arma de choque de la inercia. Empiezo a darme cuenta de que toda esa inmensa masa que Dios, mucho mejor que el hombre, sabe juzgar, ¡pesa muy poco en *Sus* balanzas! Mientras que un sólo acto creador, por ínfimo que pueda parecer, en tanto que acto en que Dios mismo participa, tiene peso de eternidad. Por lo menos sé, por uno de mis sueños, que tal acto vive por siempre en la memoria de Dios – grabado al instante y con un arte consumado en placas de oro fino, para ser conservado toda la eternidad. Pero si es cierto que Dios es *Acción*, seguramente la Memoria de Dios no es archivo ni vertedero de momias (aunque sean de oro y hermosas...), sino *presencia* viva en Dios y, por eso mismo, *llamada a otros Actos* en potencia. Actos que esperan su hora, bajo el Ojo vigilante de Dios, para nacer y para perpetuarse y completar a aquél del que son hijos.

Dicho de otro modo: todo acto creador, por ínfimo que pueda parecer, e incluso cuando pareciera perdido para siempre y olvidado, es un *comienzo*, generador fecundo de una sucesión sin fin de actos surgidos de él, que lo continúan y lo culminan. Toda creación, en tanto que obra que no sólo es del hombre sino también de Dios, tiene vida y valor eternos<sup>11</sup>.

Poco a poco esa virtud de “comienzo” se me hace patente en el acto de desgarrar en el que me detuve ayer, acto que sin embargo tenía tendencia a olvidar y a subestimar, como algo minúsculo en suma (¡casi “el más pequeño”!), entre tantos otros que después se han presentado en mi vida, ¡y que me parecen de un alcance muy diferente! A decir verdad, ya en los meses siguientes, primero al ponerme torpemente en movimiento, luego cogido poco a poco en el ardor de un nuevo entusiasmo creador, en resonancia con el que ya oscuramente sentía desplegarse en tantos otros a mi alrededor — ya esos penosos momentos por los que tuve que pasar, cual los de un fatigoso parto, ¡estaban bien olvidados! No fui conducido a tomar conocimiento de las lecciones que entrañaban para mí más que catorce años después, bajo el impulso de la escritura de Cosechas y Siembras. Sin embargo, esa nueva plenitud de una vida y una creación tan distintas que viví desde esos meses<sup>12</sup>, ya estaban entre los primeros frutos de esos “penosos momentos” de los que ya no conservaba más que un vago recuerdo. Y las mieses mucho más granadas que he cosechado a lo largo de los años hasta hoy mismo son hijas del mismo acto ignorado, decisivo: el acto por el que, al fin, me *puse en marcha*.

---

<sup>11</sup>Compárese con el último párrafo de la nota “Creación y maduración (2): no se necesitan “dones” para crear” (nº 49) (página N 145).

<sup>12</sup>Esa “nueva plenitud” y ese “nuevo entusiasmo creador” aparecieron sobretodo después del mes de julio de 1970, cuando se constituyó en Montreal (con ocasión de un coloquio matemático en la Universidad de Montreal, y de discusiones extra-matemáticas que lo animaron) la asociación “Sobrevivir”, que después cambiaría su nombre por el de “Sobrevivir y Vivir”.

Ciertamente, aunque en ese momento había en mí algo que realmente “se movió”, sin embargo no fui renovado totalmente, como por ensalmo. Fue, lo he dejado bien claro, un *comienzo*. El comienzo de un largo y laborioso trabajo, con sus largos tiempos muertos, y también sus repentinas aceleraciones, imprevistas e imprevisibles, en que de repente, en el espacio de unas horas o unos días, se queman las etapas de meses y de años, e incluso de vidas enteras... Un trabajo que prosigue aún hoy, y que, si no me duermo en el camino (¡Dios no lo quiera!), no concluirá (provisionalmente, sin duda...) más que con mi último suspiro.

## 59. Una charrúa llamada Esperanza...

También he tenido tendencia a menospreciar un poco el intenso trabajo de reorientación que tuvo lugar en los dos o tres años posteriores al desgarrar, cuando por primera vez en mi vida intenté conscientemente hacerme una imagen de conjunto coherente del mundo que me rodeaba, y también de la deriva a la que era arrastrado. Ciertamente, mientras ese trabajo no estuvo secundado y sostenido por una verdadera toma de conciencia de mí mismo y por un trabajo de profundización interior, era como un coloso de hierro con pies de barro. No por eso dejó de ser un trabajo auténticamente creador, y por el que seguramente me *hacía falta* pasar, antes de estar listo para el trabajo aún más esencial de descubrimiento de mí mismo (involucrando resistencias de fuerza muy distinta...), que iba a proporcionar la base incommovible que aún faltaba.

Durante mucho tiempo, los frutos de ese primer trabajo permanecieron ignorados, de tan fusionado conmigo que en adelante estaría ese nuevo conocimiento del mundo, de su deriva y de la disgregación de sus valores. Seguramente, la lucidez que me permitió ha contribuido a preservarme de dispersarme en actividades quizás útiles, incluso “indispensables” desde una óptica “utilitaria” superficial, sin ser verdaderamente fecundas. Pienso principalmente en la militancia rutinaria, que prosigue su carrera por el mero efecto de la inercia del impulso adquirido. Pasado cierto momento, la actividad militante no hubiera podido alimentar más que una Imagen, saliendo al encuentro de lo que todo el mundo esperaba entonces de mí: permanecer sabiamente en la órbita de mi nueva trayectoria, debidamente inventariada y clasificada — ¡y que no se hable más!

A decir verdad, todo a mi alrededor parecía empujarme hacia el papel asignado, el “nicho” preparado para una especie de “papa de la ecología”<sup>13</sup>, medio-Gurú medio-“sabio distinguido”, medio-“pelos largos” medio-eminencia impecable. Y tal papel, ciertamente ¡no dejaba de tener el asentimiento de una parte fuertemente implantada de mi ser! Pero si más de una vez me sucedió que entré en ese papel (del que entonces sentía más el peligro de lo que percibía la insidiosa atracción), yo ya no era aquel que verdaderamente pudiera haberse instalado y complacido mucho tiempo en él. Me había puesto en marcha, y cuando después me sucedió que me retrasé, no sin cierta complacencia a veces, en alguna etapa agradable a fe mía e incluso confortable, algo en mí, a veces bajo el golpe de un contundente suceso externo, en seguida me advertía que ya había vagueado bastante.

La fidelidad no provenía de mí sino ante todo de Dios, quien, en lugar de dejarme en silencio malgastar mis años, cada vez terminaba por hacerme comprender de un modo u otro (a menudo mediante un sueño muy sentido) que ya era momento de sacudirme y de reemprender el camino. Él me hacía sentir, irrecusablemente, que me estancaba. ¡Ya no aguanto estancarme! Y cuando el mensaje por fin pasaba el umbral de unas orejas reticentes, volvía a partir...

También pienso en cierta conmiseración con la que he repensado (¡oh, sólo de pasada!) la gran esperanza que animó esos años intensos y generosos — la de una Renovación que todo parecía llamar, ¡que

---

<sup>13</sup>Ese término había sido utilizado por Pierre Fournier (sin ninguna intención peyorativa, bien al contrario — él simpatizaba a tope con el grupo Sobrevivir y Vivir), en uno de sus artículos llenos de un verbo amargo, en Charlie-Hebdo (N. del T.: Revista francesa independiente y satírica, que trata la actualidad francesa y extranjera en viñetas y artículos). El término me hizo una impresión extraña y ambigua, de la que aún me acuerdo ¡mientras he olvidado casi todo! Fue como una advertencia discreta, respecto de lo que ya me estaba reservado — ¡si no ponía cuidado! Compárese también con Cosechas y Siembras, la sección “El Gurú-no-Gurú — o el caballo de tres patas” (CyS I, nº 45).

tantos signos parecían anunciar! Esa esperanza estaba sostenida por una *fe* inmensa en “el hombre”. Fe ciega, sin duda, indisolublemente mezclada con una ignorancia casi-total de la naturaleza y de los límites del hombre en general y de nosotros mismos en particular, y con un hambre insidiosa de ilusiones en la que se anclaba nuestra ignorancia, en la que después no he visto más que la ganga egótica y he ignorado las preciosas pepitas de oro de una fe creadora. Sin embargo ¡con qué alegría he reconocido esa misma fe (bajo un rostro diferente es verdad y sobre todo, despojada del manto iluso que en nosotros tanto la había entorpecido y ocultado hacía poco...), entre líneas, tenaz e insistente a través de toda la obra de un Marcel Légaut<sup>14</sup>! Ha sido muy recientemente — la primera y también la única vez, desde aquellos lejanos años, en que oigo resonar en otro como un eco de esa loca esperanza de temeraria inmadurez (y sin embargo ya, quizás, secretamente visionaria...); un eco con tonos más graves y más profundos, alimentados por una visión largamente madurada a lo largo de una vida de duras labores, de meditación y de oración.

Durante largos años, durante cerca de quince años esa esperanza decepcionada caló hondo y dejó en mí como un enorme *vacío* — un vacío sin embargo que jamás he soñado en querer llenar. Llegó a ser como una parte de mí mismo, que llevaba en mí como algo ineludible, familiar en adelante, ¡ciertamente un poco penoso o doloroso! pero del que ni soñaba en querer escapar. O dicho de otro modo, unos pasos delante de mí estaba ese gran vacío que parecía cortar el porvenir, y que me acompañaba retrocediendo cada vez que yo avanzaba — un vacío que lanzaba el velo de una interrogación tácita, incesante sobre todo lo que hacía: ¿cuál es el sentido de lo que haces, cuando el mundo de los hombres, cuya existencia es la única que da un sentido pleno a tus actos, se disgrega, y con toda verosimilitud está llamado a desaparecer desde mañana?

Nunca intenté apartar esa interrogación, quitarla de en medio con una “respuesta”, que sólo podía ser fáctica mientras en mí el tiempo no estuvo maduro para darla. En esos años llevé conmigo esa interrogación muda, como el fruto de un conocimiento, ciertamente incompleto y precario, pero que no soñaba en rechazar, ni siquiera en minimizar. No más de lo que me sentía inclinado a confrontarme con esa interrogación. A decir verdad, ella no ponía en tela de juicio, aunque pudiera parecerlo, el sentido de mi vida, o el sentido de la existencia. Bien al contrario, ahora me parece que era parte de ese sentido, y que era necesario que la llevase así en silencio. El sentido de mi existencia, después de la renovación interior, el “re-nacimiento” que tuvo lugar en 1976, estaba arraigado en una profundidad de mi ser fuera del alcance, creo, de toda amenaza de destrucción física de mi persona, o incluso de toda la humanidad y de ese milagro inaudito que es la vida sobre la tierra. Además, en los periodos de creación intelectual esa interrogación cesaba. O, si estaba presente, al menos no alcanzaba al trabajo de descubrimiento espiritual, por el que mi mismo ser se transformaba.

Ahora que reparo en ello, me doy cuenta de que ese vacío dejado por una esperanza que fue “verdadera”, también tenía cualidad de verdad — era un vacío *fecundo*. Y la pregunta sin respuesta que ese vacío mantenía en mí también tenía cualidad de verdad, también era fecunda.

Ese enorme vacío y esa pregunta eran como un gran campo, arado con la reluciente reja de la charrúa Esperanza. El Labrador se marchó y olvidó la charrúa, y quizás las heladas del invierno han quemado y endurecido esa tierra que fue verde y ahora parece desolada. Sin embargo, una vida oscura e intensa trabaja ya en sus entrañas. Con los primeros chubascos de la primavera, ese campo está listo para el Sembrador...

---

<sup>14</sup>En lo que he leído hasta ahora de la obra de Marcel Légaut (estoy en el sexto volumen...) no he encontrado ninguna alusión al Mayo del 68 ni al movimiento “contra.cultura” que le siguió. Debieron llegarle algunos ecos ¡pero claramente no estaba conectado a esas longitudes de onda! Sin embargo estaba mucho más cerca de lo que sospechaba, y de lo que sin duda aún hoy sospecha. Por su solitaria “vuelta a la tierra” en 1940, fue un precursor, ignorado y que se ignoraba, de ese movimiento colectivo surgido treinta años después. Igualmente por una especie de nostalgia “comunitaria”, que parece haber sido una de las fuerzas directrices en su vida. Por contra, debió quedar desconcertado, incluso repelido por los aspectos anárquicos, a menudo incluso disolutos y en todo caso muy “liberación sexual”, del movimiento comunitario de después de Mayo del 68. Sin contar con que la dimensión espiritual de ese movimiento, que le da todo su alcance, se expresaba bajo formas que entonces no debían serle accesibles. El hecho es que casi nunca se trataba del buen Dios ¡ni de rezar! Creo que el tiempo aún no estaba maduro, para que dos búsquedas surgidas de inspiraciones y horizontes ideológicos tan diferentes se reencontraran. Pero también creo que ese reencuentro no sólo debía hacerse, sino que ya es cosa hecha.

Al movimiento comunitario de después de Mayo del 68 no le faltó la fe ni la generosidad, sino el rigor. El que no se contenta con espumar reverberantes superficies, y no rechaza los prolongados y azarosos descensos a las profundidades. El que sostiene las prolongadas perseverancias, cuando el objetivo se aleja hasta lo infinitamente lejano. El que llama, y vuelve cercanas y amantes, a la soledad y a su hermana el silencio...

## 60. El Sople y la Tempestad

(6 de septiembre) Una “circunstancia aparentemente fortuita” (decía antes de ayer) desencadenó el acto decisivo que, en el espacio de unos meses, iba a cambiar profundamente mi vida. Es notable, en el mismo momento (salvo uno o dos años), en decenas y centenares de miles de vidas de hombres un poco por todo el mundo, “circunstancias aparentemente fortuitas” actuaron de forma similar, desencadenando en cada una de ellas un sobresalto de amplitud comparable al que entonces se produjo en mí, y un trabajo interior que la transformó más o menos profundamente; durante algunos años para unos, y de modo irreversible para otros. Recuerdo bien, como si fuera ayer, hasta qué punto me embargó esa impresión de una extraordinaria *convergencia* en el devenir y el itinerario de seres provenientes de medios totalmente diferentes<sup>15</sup>, cada uno lastrado con una educación y unas anteojeras culturales no menos diferentes, e inicialmente movidos por golpes y motivaciones igualmente diferentes. Un día, en cada uno de nosotros, algo “hizo tilt” de repente con una fuerza sin réplica; una gota (ridícula en sí misma) que hizo rebosar un invisible vaso lleno hasta el borde, y nos hizo traspasar un umbral invisible delante del cual quizás estuvimos bloqueados durante toda una vida... Un franqueamiento sin retorno<sup>16</sup>, sin darse mucha cuenta en el momento de lo que estaba pasando.

Para mí fue el mangoneo generalizado científicos-militares el que acabó por ponerme en marcha. Para otro fue el ruido de día y de noche que repentinamente se le reveló en toda su demencial dimensión. Para otro más el mismo aire que respiraba, al que jamás había prestado atención y que, ahora lo sentía bien, insidiosamente le corroía. O los largos estudios a los que se habían dedicado con una convicción de encargo y que descubrían, con una claridad repentina y fulgurante, que no tenían ningún sentido — ¡remilgos de monos vestidos! Tal otro expulsado de su casa con los suyos a corto plazo, por alguna sombría especulación inmobiliaria. O la muda amenaza de una central nuclear no lejos de allí — ¿íbamos a servir de cobayas benevolentes y pasivas a los Señores sabios atómicos? O tal marido modelo o tal esposa honesta dándose cuenta de repente, con un arrebatador relámpago de evidencia, hasta qué punto su vida conyugal había sido un desierto, separados uno y otro, como por una maldición secreta y misteriosa, de lo que da la fuerza y la savia de una vida en pareja...

Lo que había en común en todos los casos, creo, es que un orden del mundo que había parecido el único pensable, del que estábamos impregnados hasta el punto de ser indisociable de nosotros mismos, de repente se reveló como algo *exterior* — algo *extraño*, en el fondo, a lo que somos en lo más profundo; extraño y, a la vez, percibido como aplastante, inhumano, enemigo — *intolerable*.

De ningún modo era el atractivo, eufórico de ir a contrapelo, de alguna moda “contestataria”, en que unos y otros hubieran estado contentos de venir a encarecer sus propias dolencias. Bien al contrario, esas súbitas revelaciones, por las que el ser toma conciencia de una limitación hasta entonces interiorizada, y a la vez experimenta, con una agudeza sin réplica que le coge desprevenido, el carácter mutilado de *su* vida, provocando ese sobresalto del ser repentinamente confrontado a lo intolerable — es en la soledad donde surgen. O más exactamente, ellas fundamentan al que visitan en la soledad, dura de llevar, del hombre que repentinamente se siente *diferente* de los otros: todos los otros aguantan, igual que le había ocurrido a él mismo, sin siquiera tener aspecto de darse cuenta. En adelante *sólo* él aguanta sabiendo que lo que

---

<sup>15</sup>(7 de septiembre) Al escribir estas líneas me ha venido el recuerdo de otra ocasión, ésta muy cercana, en que me *embargó* tal impresión de una (¡“impensable”!) convergencia, al encontrarme con el pensamiento de Marcel Légaut. (Véase la sección “La impensable convergencia” (nº 37), y más particularmente la página ??.) Por otra parte es notable que esa impresión de “convergencia”, de una “fuerza turbadora” como escribí entonces sin forzar la nota en modo alguno, no haya suscitado entonces en mí el recuerdo de esa impresión tan parecida (si no tan poderosa) que me habitó durante dos o tres años; hace ya de eso dieciséis o diecisiete años. Eso muestra hasta qué punto el recuerdo de esos tiempos, recuerdo que surge progresivamente en virtud de la escritura, estaba relegado a las mazmorras, como unas etapas emborronadas y sin mucha consecuencia de un pasado que ya estaría superado. Y sólo comienzo a presentir que ese pasado tiene que enseñarme muchas cosas sobre lo que se prepara en este mismo momento en un plan fuera de mi vista, y que se dispone a manifestarse y a tomar posesión de la vida de todos... (Compárese con las dos notas “La Gran Revolución Cultural será desencadenada por Dios” e “Impensable Mayo del 68 — o el ensayo general” (nº 18, 44), en que ese presentimiento comienza tímidamente a salir a la luz.)

<sup>16</sup>Digo bien “sin retorno”, sin olvidar los casos, seguramente los más numerosos con mucho, en que la vida terminó por recaer en la primitiva inercia de la que se había separado, por espacio de unos años. Aunque en adelante ese episodio sería negado y más o menos inhibido del recuerdo consciente, sin embargo no está borrado. Se puede negar, inhibir un íntimo conocimiento fruto de una creación, se puede abdicar de una madurez que apareció entonces (y luego malvenida). Pero no se borra ni una madurez, ni el conocimiento que constituye su carne.

aguanta le mutila, día tras día. Sólo él, día tras día, siente la picadura y la afrenta, reiteradas sin cesar, de lo intolerable. Y ser el único en sentir así — un inadaptado en suma, un asocial de perfil psicótico... — vuelve aún más intolerable la aborrecida limitación.

Para esos hombres y esas mujeres (y a menudo también niños, cuyo caparazón aislante es menos grueso y menos estanco), descubrir que no eran únicos en su especie, que otros habían pasado y pasaban por tales escollos y no temían hablar de ello, fue una liberación. El trabajo más útil, creo, que pudimos hacer por medio del grupo y de su boletín<sup>17</sup>, fue el de ayudar a algunos de ellos a salir de ese aislamiento, a menudo vivido como una tara y como una impotencia, y a descubrirse portadores de un movimiento que los superaba igual que superaba a cada uno de nosotros en Sobrevivir y Vivir, y que superaba al pequeño grupo que formábamos con medios oh cuán modestos. Eran como otros tantos “puntos aislados”, unos preciosos “puntos de fermentación” que ellos mismos aún se ignoraban. Soñaba que esos puntos llegarían a ser *nudos* entrelazando las mallas de una vasta red que terminaría por cubrir el país entero — redes holgadas primero y llamadas a estrecharse, a medida que la situación madurase. Ante todo nuestra tarea sería proporcionar los primeros hilos para entrelazar esos nudos potenciales, anudar y formar las primeras mallas, y estimular la continuación de un trabajo similar allí donde pudiéramos.

Sabía que la fuerza creadora que debería animar ese trabajo, surgida de la sorda fermentación de los espíritus, de ningún modo estaba concentrada en el comité de redacción de nuestro modesto boletín<sup>18</sup>. Se encontraba allí donde había hombres que se despertaban, que tomaban conciencia de una insatisfacción esencial, irreducible, que ya habían dejado ser beneficiarios, pasivos e incondicionales, de un orden del mundo en lo sucesivo sentido, aunque fuera oscuramente y de modo tácito, como *inhumano* — como profundamente extraño a su naturaleza de hombre. Nuestro papel no era decir lo que debía ser, y menos aún cómo conseguirlo<sup>19</sup>, o incluso señalar con el dedo “los culpables” (aunque no se dudaba, cuando la ocasión lo exigía, en zarandear algún cocotero...). Nuestro papel era, ante todo, ayudar a unos y otros, confrontados cada uno con su soledad y con su sentimiento de impotencia ante el peso inmenso, ineluctable de un mundo implacable e inerte que lo aplastaba, a tomar conciencia de sus propios recursos bien vivos, prestos a actuar, a crear y a transformar por humildemente que fuera, allí donde se encontrase. Con ese espíritu, “mañana” no podía ser un proyecto concebido de antemano, cocido y presentado por algunos para ser ratificado por la mayoría.

---

<sup>17</sup>Ese boletín jamás tuvo una presentación “comercial”, que lo habría convertido en aceptable para los vendedores de prensa. Finalmente así fue mucho mejor — la difusión estaba asegurada, sin grandes problemas, por grupos de simpatizantes un poco por todas partes en París y en provincias, y dio ocasión a numerosos contactos que de otro modo no se hubieran hecho. Después de una tirada de mil ejemplares del primer boletín, a medida que el grupo Sobrevivir y Vivir y su periódico encontraban su verdadero rostro, la tirada aumentó hasta cerca de 15000 ejemplares, con unos ingresos que, hacia el final, cubrían con mucho los gastos de fabricación y difusión. Con, es cierto, una considerable inversión de trabajo benévolo, que sin duda no habría podido mantenerse a largo plazo.

<sup>18</sup>Quizás habría tardado en darme cuenta de ello, visto el medio y el ambiente en que desembarcaba, si no me hubieran ayudado varios amigos que se decidieron a unirse, y que de partida tenían una visión mucho más penetrante que la mía. Entre éstos, señalaría muy especialmente a Claude Chevalley y Denis Guedj, por los que aprendí muchas cosas entonces, igual que Félix y Mati Carrasquer (amigos desde fecha muy temprana) y Jean Delord. Salvo este último, todos esos amigos apelaban bastante explícitamente a ideas y opciones libertarias (sin encerrarse en ellas de ninguna manera); ideas y opciones por las que desde siempre tuve una simpatía espontánea, y que tuve tiempo de perder un poco de vista durante mi vida de “vedette” y de “gran patrón” matemático...

(N.del T.: Félix Carrasquer, nacido en Albalate de Cinca (Huesca) en 1903, llevó a cabo al menos dos proyectos educativos: el primero, la escuela Eliseo Reclús en Barcelona en el año 1935, y el segundo la escuela de militantes en Monzón, Aragón. Sus proyectos pedagógicos se basaron sobre todo en el concepto de la autogestión, la libertad y la igualdad de facto entre profesores y alumnos. Murió en 1993. Su obra “Las Colectividades de Aragón. Un vivir autogestionado, promesa de futuro” puede leerse en <http://kehuelga.org/biblioteca/colec/carrasquer.html>. Otras obras son “La autogestión a debate”, “La escuela de militantes de Aragón” y “Marxismo o autogestión”.

<sup>19</sup>Continuamente nos encontrábamos confrontados con la penosa necesidad de decepcionar la expectativa con la que a menudo se nos acercaban, aureolados con el prestigio de la “ciencia” y el de nuestra acción, ciertamente de dimensiones modestas pero también (y sin duda muchos lo sentían) única en su género. Hubieran deseado forzarnos a jugar de augures, a valernos de un “saber” superior que no poseíamos más que cualquiera; intentando nosotros mismos, lo mejor que podíamos, hacernos una imagen de lo que pasaba, de ese mundo que se descuajaringaba, y abrirnos un camino a través de un caos que no se trataba de dominar ni de controlar. Hubieran deseado forzarnos a definir un vasto programa (tarea de la sentíamos bien la vanidad...), a distribuir tareas, dar directrices, a enrollar.

Sentí todo el peso de esa fuerza, pesando sobre nosotros para empujarnos hacia un *papel*, un papel gratificante ciertamente: papel de Jefe, de Gurú, de Héroe — pero papel que no habría sido *verdadero*, aunque fuera perfectamente creíble para la mayoría. A falta de entrar en él, teníamos que reconocer sin cesar nuestra ignorancia, allí donde esperaban la respuesta definitiva y segura, reenviar a ellos mismos sin cesar a los que venían a nosotros con la imposible esperanza de que resolviéramos por ellos los problemas de su vida, o que les diéramos con qué olvidarlos. Recuerdo como si fuera ayer ese incesante apuro, de siempre, siempre decepcionar la expectativa de los que venían, y tan rara vez poder verdaderamente *dar*...



Sería una *obra* común arraigada en el presente, naciendo día a día de los actos aparentemente dispersos de *todos*. Por tanto una obra *creada*, de la que nadie en el mundo sabría hoy predecir el rostro, aunque no se podía ni se debía dejar de hacer constantemente un esfuerzo para presentirla...

Ese movimiento que supimos percibir y en el que éramos fermento, que veíamos acentuarse tanto en nosotros mismos como a nuestro alrededor con los innumerables ecos que nos llegaban de todas partes, sin embargo no siguió profundizándose y amplificándose como habíamos esperado. En mí incluso fue más que una simple expectativa o que una esperanza. Había una seguridad total de que ese desarrollo que esperábamos era algo que *debía* suceder, tan numerosos y elocuentes eran los signos que iban en ese sentido, tan irrecusable me parecía su sentido.

Si ese vasto movimiento que entonces se inició ha decaído, no es, ciertamente, a causa de tales o cuales faltas o carencias en ninguno de nosotros personalmente, cuestión de dedicación, organización, lucidez, probidad o qué sé yo. ¡La suerte de la humanidad y sus oportunidades de Renovación no dependían del puñado de buenas voluntades más o menos disponibles que formábamos! Los tiempos, seguramente, aún no estaban maduros, como sin embargo todo parecía indicar. ¡No para el gran Salto, al menos! Y esa falta de “madurez” de los “tiempos” se reflejaba, a nuestro nivel<sup>20</sup>, en una falta igual de madurez en nosotros mismos, pero de la que ninguno de nosotros (creo) era claramente consciente. Y es posible que yo sea el único que ahora se da cuenta, con la perspectiva del tiempo, de esa inmadurez — el único también, quizás, que no se haya parado en el punto en que estábamos entonces, sino que a trancas y barrancas ha continuado su subida dando tumbos por el camino del conocimiento. Pero aunque hubiéramos sido cien dedicados en cuerpo y alma a una acción común (como yo mismo estaba entonces), y con toda la madurez del mundo por añadidura, no creo ni por un instante que eso hubiera cambiado algo esencial en la situación global; desencadenando, digamos, una verdadera revolución cultural en Francia, con el espíritu del comienzo que tuvo lugar en Mayo del 68 y profundizándolo y amplificándolo.

A decir verdad, ahora veo que tales olas de fondo intensamente creadoras, igual que las que a veces levantan y llevan hacia delante el alma de uno sólo, son de Dios mucho más que del hombre<sup>21</sup>. Y lo que hace que Dios actúe en tal momento y parezca estar sin rechistar en tal otro, ningún hombre lo sabe. Sin embargo creo saber que ni las oraciones ni las imprecaciones y las blasfemias ni las expectativas ni los temores de innumerables multitudes tienen el poder o la virtud, por ellos mismos, de incitar a Dios a actuar. Y que por el contrario ocurre que lo que pasa en el secreto de un único corazón, incluso ignorado por él mismo, tenga la fuerza de una llamada, suscitando en respuesta la Acción creadora de Dios<sup>22</sup>.

Sin embargo esos signos que yo y otros habíamos percibido, que habían suscitado en mí esa “loca esperanza”, esa seguridad total ¡no me los inventé! Y no tengo la menor duda, no más que antes, de que *esos signos tenían un sentido*, aunque su alcance exacto e inmediato, que entonces creí captar, en realidad se me escapaba. Cada uno de esos signos estaba lleno de sentido por sí mismo, cada uno me enseñaba claramente que algo importante pasaba en tal ser, o en tal lugar implicando a tales otros seres, Y también es cierto que esos sucesos dispersos, que seguramente eran la señal de otros tantos *actos* auténticos, señalaban todos en la misma dirección.

Ahora diría que entonces *el Espíritu de Dios soplab*a con fuerza en esa dirección, y que ciertos seres, en lugar de cerrarse al Soplo como cada uno es libre de hacer, osaron dejarse penetrar por poco que sea.

Fue un Soplo poderoso, sin duda. Y por qué sopló justo entonces, por espacio de unos años (para detenerse enseguida, aún hasta hoy mismo), creo que ningún hombre lo sabe. ¿Tal vez una advertencia, para

---

<sup>20</sup>No obstante debería exceptuar a Chevalley, que tenía una madurez que faltaba, creo, a los demás. Véanse al respecto, en Cosechas y Siembras, las tres secciones en que se habla de él: “Encuentro con Claude Chevalley, o: libertad y buenos sentimientos”, “El mérito y el desprecio” (CyS I n°s 11, 12), y “Un adiós a Claude Chevalley” (CyS III n° 100). Desgraciadamente, por razones de salud Chevalley no pudo participar más que de lejos en nuestra acción. Sin embargo siento que, sin que fuera buscado por él ni por nadie, ejerció una gran influencia en el espíritu del grupo y en su evolución.

<sup>21</sup>Esa impresión ya surgió con fuerza a lo largo de la nota “Creación y maduración (2): no se necesitan “dones” para crear” (n° 49), principalmente en la página N 142.

<sup>22</sup>Compárese con la nota “Cuando hayáis entendido la lección — o la Gran Broma de Dios” (n° 27), principalmente la página N 79. Igualmente la sub-sub-nota “El Fin está en camino — o la primera Prioridad” (n° 56, 7).d.), principalmente la página 268.

los que sepan leerla? ¿O una oportunidad ofrecida para despertarse y ponerse en marcha, para los que sepan aprovecharla? ¿Una Promesa, para alumbrar una fecunda esperanza en los que se dejasen arrastrar y llevar por la locura de la fe? ¿O un Signo, insistente aunque pasajero, un guiño del Ojo de Dios, una confirmación de tapadillo, para aquellos a los que Él revelaría la proximidad de la Tempestad y del Chaparrón? ¿O a la intención de aquellos que entendieran su anuncio y se dijese: cómo podría cumplirse lo imposible, lo impensable?

Ciertamente, aunque el Soplo era poderoso, no obstante todavía no rompió en tempestad. Entonces no fue el Tornado cegador que levanta en compactos torbellinos las áridas arenas del conocimiento sin sentido, ¡transformando el aire y el espacio en un abrasador desierto de arenas arremolinadas! Ese Día, nadie podrá ignorar la potencia del Soplo que crea devastando. El que no se deje atravesar por el Soplo que pasa, que mantenga cerrados los cerrojos de su ser — ése será arrastrado y lanzado al más allá — su cuerpo mortal morirá<sup>23</sup>. Y entonces habrá muchos, seguramente, que morirán en su cuerpo por rehusar su alma a la Acción de Dios, muchos a los que no será dado ser lavados en las fuentes, bajo las poderosas trombas del Chaparrón, para ser purificados y capacitados para obrar en la renovación.

## 61. El hombre nuevo — o la superficie y la profundidad

(7 de septiembre) En esos años de florecimiento algo febril de la “Contra-cultura”, se trataba mucho de “*cambiar la vida*”. En todo caso, lo que era seguro es que los que estaban comprometidos con ese intenso movimiento realmente habían cambiado *de* vida. Y de manera muy radical a menudo — aún más radical que en mi caso, que seguía ejerciendo mi oficio (poco exigente, es cierto, en la medida en que se había deslizado a un segundo plano de mis intereses) y beneficiándome de la seguridad material (y por ello también de la libertad de movimientos) que me proporcionaba. Esa transformación radical en los modos y los estilos de vida y en la mentalidad que los impregnaba, no menos que la “convergencia” de la que hablé ayer, tenía con qué impresionar — ¡por momentos sentí en ella el soplo de una fe y de una generosidad dignas de la época evangélica! Fueron numerosos los que audazmente soltaron las amarras, renunciando a las seguridades de la vieja sociedad esclerotizada y moribunda (la “sociedad de consumo” como se la llamaba amablemente, siempre sin desdeñar los productos que ofrecía con tal abundancia...), para comenzar desde cero una “*vida nueva*”, inicio a tientas de una sociedad nueva, de un Mundo nuevo que sería *humano*.

Por mi parte, no dudaba de que realmente era el embrión de la sociedad de mañana que, ciertamente a través de errores inevitables, pero animada por un soplo creador que no se podía no sentir, estaba brotando y formándose ante mis ojos algo pasmados ¡en un ambiente festivo y con la alegre despreocupación de las flores del campo! El contraste era llamativo, ciertamente, entre el viejo mundo del que acababa de emerger, y ese mundo nuevo a punto de nacer como de la nada ¡por no se qué encantamiento!

Es cierto que desde el simple punto de vista material, ese mundo nuevo sacaba su existencia, de cien y mil maneras, del viejo del cual era un retoño insólito; Dios sabe cómo, adherido a él desaprobándolo totalmente, en estrecha simbiosis con él y royéndolo sin descanso. Pudiera pensarse — y ésa era, sin duda, nuestra “gran esperanza” — que el espíritu del mundo nuevo iba así a roer y ganar poco a poco al viejo y transformarlo, a la manera de un fermento, casi imperceptible, trabajando una pesada masa aparentemente inerte y que sin embargo termina por “ganarla” y hacerla subir... Pero también es cierto (lo que no advertí más que progresivamente, y sin darle quizás todo el peso que le correspondía...) que la “roedura” no era de sentido único — que el mundo viejo, o mejor dicho “el hombre viejo”, también roía, insidiosamente, al hombre nuevo que surgía en nosotros.

De esos dos movimientos que se respondían uno a otro, veíamos sobre todo el que alimentaba a nuestra loca esperanza (que bien merecía tal aliento...). Por el contrario, teníamos tendencia a ignorar o subestimar

---

<sup>23</sup>Compárese con la nota “Marcel Légaut — o la masa y la levadura” (nº 20), página N 54, y principalmente la nota a pie de página (\*) en esa página.

al otro, de mal augurio. Para darle todo su peso, nos hubiera hecho falta un rigor respecto de nosotros mismos, y una profundidad de visión, que (creo) ha faltado en todos los actores de esa corta y memorable epopeya de la “Contra-cultura”. No carecía de la dimensión espiritual que, bien al contrario, era lo primero, sino del *rigor* propicio a una verdadera *profundización*<sup>24</sup>. Incluso el impulso de una fe generosa, fuerza viva que trabaja en tal profundización, no puede en ningún caso, a la larga y con su sola presencia, suplirlo<sup>25</sup>.

Ese “hombre nuevo” que se manifestaba de una manera a menudo desconcertante para muchos, pero quizás también, a veces, de una manera un poco demasiado resuelta, incluso llamativa — cual una bandera orgullosamente enarbolada con el signo de Acuario<sup>26</sup>..., y sin embargo no era una ficción hueca, pura fachada recubriendo una nada, una pose. Era la proyección de una aspiración auténtica, surgida de las profundidades, mantenida prisionera durante generaciones, siglos, quizás milenios. El hombre nuevo, el *verdadero*, realmente está presente, como un germen que llama a un devenir y que pide nacer, en lo más profundo de cada uno de nosotros. Tan profundamente escondido que raros son los que la vida ha conducido a entreverlo aunque sólo sea por un instante. Y mucho más raros aún son los que no le temen ¡muchos menos que los que no temerían al diablo en persona! Seguramente por eso (entre otras causas igualmente reales, pero superficiales y secundarias) “los marginales” (alias “los pelos largos”) provocaban y aún provocan, en tantas buenas gentes, reacciones viscerales de antagonismo y aversión. Pues para esas gentes igual que para los marginales mismos, éstos representan como una efigie y símbolo del hombre oculto en nosotros (ignorado, despreciado, aplastado y sin embargo inasequible al desaliento...) y que pide nacer...

Ciertamente, el símbolo o la efigie no es la cosa. El marginal, aunque ha optado por un *papel* verdaderamente nuevo, no *es* más el “hombre nuevo” que lo es el primer ciudadano que pase. Con más precisión, si hay alguna diferencia, es que en el marginal al menos hay una primera toma de conciencia de esa aspiración que sube de las profundidades, y que él traduce mal que bien en esa *puesta en escena* de lo que su consciente le representa como *imagen* de ese famoso “hombre nuevo”. Imagen y puesta en escena que a veces ponen en juego una verdadera creatividad, pero que la mayor parte del tiempo son mucho más fuertemente tributarias de la inercia del ego (con sus sempiternos mecanismos de vanidad, de búsqueda de la seguridad y de hambre de hacerse ilusiones) que movidas por las fuerzas creadoras del alma. Al reclamar orgullosamente los valores que engalanan al “hombre nuevo” y encontrar ahí una gratificante imagen de sí mismo y una nueva identidad tranquilizadora, el marginal, no menos que el común de los mortales, está alienado de su ser profundo, de ese “hombre nuevo” en él que le llama — ¡no tiene menos miedo de él, en el fondo y piense lo que piense, que tal “burgués” que a menudo él mira por encima del hombro! Aunque realmente ha cumplido un paso que éste no ha franqueado todavía, paso ciertamente valeroso e importante, aún quedan mil y mil pasos que dar de los que no tiene la menor sospecha (¡y algunos de un alcance muy diferente!), para hacerle descubrir llegando a ser y llegar a ser descubriendo ese “hombre nuevo” verdadero que se figura ser ya y del que, por esa misma razón, es incapaz de percibir la espera y de esperar la llamada.

Dicho de otro modo: aquí hay *dos* realidades de naturaleza diferente. Hay la realidad profunda, el germen de lo que puede y quisiera ser y que nadie puede predecir aún, la llamada de un devenir aún insospechado o quizás ya oscuramente sentido — el *verdadero* hombre nuevo, el hombre de las profundidades, “el ser profundo” que vive y espera en cada uno. Y hay una realidad superficial, que es como una representación deforme, tendenciosa y burda, *estática*, por no decir una falsificación, de esa realidad profunda, siempre movediza e inasible. (Llamémosla la *efigie*, o la efigie *nueva* para recordar que se supone que representa al hombre nuevo, y que ha representado un nuevo tipo de imagen de uno mismo, inventada por la contra-cultura para los suyos.) Y he aquí lo que falla: entre la realidad superficial y la de las profundidades, no hay lazo orgánico, una continuidad que las entrelazaría implicando la psique *en su totalidad*, capa por capa<sup>27</sup>. De esa carencia proviene el carácter en gran parte artificial de la efigie, “encajado” sobre la psique en lugar de confundirse con ella, simple “libreto” para un papel representado con convicción — papel cuya elección refleja una aspiración profunda, pero que no es menos un papel. En el marginal la superficie no está alimentada por la profundidad, no más que en los seres que han optado por papeles más convencionales, los actos y los comportamientos conscientes no están movidos por las fuerzas creadoras que surgen de las

---

<sup>24</sup>Esta intuición aparece por primera vez en una nota a pie de página ((14) página 6) en la penúltima sección “El acto (3): una charrúa llamada Esperanza” (nº 59).

<sup>25</sup>Añadiría que a su vez, esa profundización alimenta a la fe, y que ese alimento incluso le es indispensable. En ausencia de una profundización animada por la fe, ésta, por más viva que esté en la salida, se apaga y termina por perder su poder creador.

<sup>26</sup>(N. del T.) Constelación del hemisferio austral y signo del zodiaco (20 de enero – 18 de febrero).

<sup>27</sup>Compárese con la reflexión de la sección “Trabajo y concepción — o la cebolla doble” (nº 10), y particularmente la página 28.

capas profundas. El “estercolero” intermediario del subconsciente y de las capas medias de la psique, feudo por excelencia del yo y eficaz pantalla para interceptar los mensajes y los movimientos provenientes de las profundidades, no es menos desbordante en este hombre, que un auténtico y generoso impulso de su ser ha llevado a querer encarnar el papel del “hombre nuevo”, que lo es en cualquier otro.

Limpiar por poco que sea ese “estercolero”, y con eso hacerlo menos opaco y restablecer el contacto entre la superficie y la profundidad, con un proceso creador que involucre y transforme la psique en su totalidad, en lugar de contentarse con preparar la superficie a su gusto y de mantenerse ahí — eso es un *trabajo*. Lo he llamado (al menos tal y como lo he practicado) “trabajo de meditación”. Légaut, que prosiguió ese trabajo de modo totalmente diferente, lo llama “profundización interior”, término que se presta mejor a la acepción más amplia que contemplo aquí.

Si la maduración en mí a lo largo de los quince años transcurridos me proporciona ahora una nueva mirada sobre la razón de su carácter efímero igual que sobre su innegable *fracaso* (fracaso patente al menos desde una perspectiva puramente histórica, si no desde una óptica espiritual<sup>28</sup>), quizás sea sobre todo revelándome lo que, por la presente reflexión, emerge como la “*contradicción fundamental*” de ese movimiento. Es ésta. La verdadera razón de ser de la contra-cultura, incluso a los ojos de los que eran sus actores, seguramente era realizar “aquí y ahora” el hombre nuevo: el único que tenía vocación y capacidad de crear la vida nueva, embrión de una sociedad nueva surgiendo in extremis del decrepito cuerpo de la sociedad agonizante. Pero *el hombre nuevo no se improvisa*, aunque sea con el impulso de una fe audaz y generosa. El hombre nuevo en nosotros no es el que nos imaginamos, y que nos esforzamos en establecer a partir de lo que nos imaginamos. Nadie lo conoce, sólo Dios. Y nadie lo alcanza jamás, ni siquiera en los momentos más intensamente creadores de su vida. El hombre nuevo no está en el hoy, en el famoso “aquí y ahora” tan celebrado, no más de lo que está en el mañana, que no es más que un hoy diferido. El hombre nuevo, en verdad, es *Dios en el horizonte*, llamando en nosotros un devenir hacia un destino desconocido. Y ese devenir no es el de un instante de ardor y de fe, ni de un mes ni siquiera de unos años, movidos por una visión exaltante y generosa. Es de todos los instantes a lo largo de la vida. E incluso cuando lo anima la alegría, no es una fiesta sino un *trabajo*. Trabajo sin fin, retomado sin cesar, en que cada terminación es el franqueamiento de un umbral y un nuevo comienzo.

Es el trabajo por el que el hombre, descubriéndose, se profundiza, y profundizándose, se descubre más profundamente. Una de las etapas cruciales de ese viaje sin fin en lo Desconocido es el descubrimiento de la presencia y de la acción de Dios en nosotros. Pero no más que las anteriores, ésta no es una terminación por la que hubiéramos “logrado”, por fin, el “hombre nuevo”. Es un comienzo más grande, abriendo la mirada sobre un infinito aún más grande que los que antes habíamos entrevisto...

Sin embargo, si nos obstinamos en buscar un “hombre nuevo” de carne y hueso, y se me acorralla para que lo describa, diría que es el que ha tomado conciencia del proceso del devenir espiritual y le da un lugar central en su vida. Entendiendo con eso, no que profesa tales y tales ideas sobre la “espiritualidad” y sobre el lugar que conviene darle, sino que ese hombre está *en marcha* espiritualmente — un hombre en el que día a día se prosigue el trabajo (consciente o inconsciente) de un devenir espiritual. Lo que es decir, un trabajo de descubrimiento de uno mismo (a menudo a través de su relación con el prójimo...), y (si le es concedido) de la acción de Dios en él<sup>29</sup>.

Sin duda si una sociedad nueva ha de nacer sobre la vieja en plena descomposición, será por la

---

<sup>28</sup>Desde una óptica espiritual, no podría haber una acción que fuera creadora y que sea un “fracaso” puro: toda acción creadora es fecunda, y esa fecundidad no está limitada a un instante, tiene cualidad intemporal. Véase al respecto la sección “El acto (2): toda creación es un comienzo sin fin” (nº 58).

<sup>29</sup>(8 de septiembre) El lector atento habrá notado con qué reticencia me comprometo aquí a aventurar una “descripción” de aquél que merecería el nombre de “hombre nuevo” (“de carne y hueso”). Cuando imprudentemente se cede a la incitación o a la llamada que nos empuja hacia ese tipo de descripción, no se hace más que, por ignorancia o por falta de amplitud de miras cuando no es por simple vanidad, presentar una descripción más o menos velada y debidamente idealizada de uno mismo. No pretendo haber escapado de eso. Al menos he intentado aprehender lo que podría ser ese hombre-fermento, mediante una cualidad (sobre la que vuelvo dos apartados más adelante) que, captando ese algo esencial en él que le convierte en fermento activo, sea tan poco limitativo como se pueda.

Seguramente no lo he conseguido más que imperfectamente. Me ha venido el pensamiento de que esa descripción no incluye a hombres como Rudi, “el niño en espíritu” del que traté anteriormente (en la sección “Rudi y Rudi — o los indistinguibles”, nº 29). Son los hombres (¡fermento sí lo hay!) que a su manera — la manera del niño, de una simplicidad perfecta, ya son *uno* con ese “Dios en el horizonte” del que hace un momento pretendía que jamás logramos. También es cierto que tengo la impresión de que un hombre como Rudi jamás tuvo que lograr un estado que, bien al contrario, ¡parece haber sido el suyo desde siempre!

emergencia de ese nuevo tipo de hombres. Hombres tan limitados, tan falibles y condicionados, tan sujetos a errores, aberraciones, debilidades como cualquier otro. Hombres no más inteligentes y quizás ni siquiera necesariamente de mayor madurez que tales otros. Y sin embargo hombre diferente de cualquier otro por ese trabajo que prosigue en él y que los otros eluden — ese trabajo por el que constantemente, sean cuales sean sus errores y sus involuntarias cegueras, reencuentra el contacto consigo mismo y *es* él mismo plenamente.

He intentado una descripción, si no verdaderamente del “hombre nuevo” siempre llamando y siempre fuera de alcance, al menos de una cualidad que me parece esencial para acercarlo sin cesar: la de una “adherencia” perseverante, rigurosa y fiel al camino invisible, al camino sin fin que lleva allí. Pero ¿ha habido un sólo “marginal”, en Francia o fuera, que corresponda a tal descripción por poco que sea? Lo dudo mucho<sup>30</sup>. Además, no conozco ningún marginal que haya tenido ni siquiera alguna idea de la *existencia* de algo parecido a un trabajo de profundización, de un “devenir” espiritual, y de lo que eso podría ser; o que haya tenido alguna sospecha de que en ausencia de tal trabajo, todo proyecto de “cambiar de vida” se queda en una utopía seductora y sin consecuencia, y sus puestas en acción se reducen a otras tantas puestas en escena, sean cuales sean por otra parte el entusiasmo, la energía, la buena voluntad que se ponga en él.

En verdad, a falta de estar acompañado por una profundización espiritual, ninguno de tales proyectos y ningún esbozo para realizarlo tiene en sí el poder creador que podría hacer brotar a su alrededor la sociedad nueva sobre la putrefacción de la que ya, espiritualmente, está muerta. Más bien, esos proyectos y esos esfuerzos recayendo sin cesar forman parte del proceso de descomposición de las cosas muertas y condenadas, por el que ya se prepara el terreno en el que debe eclosionar lo nuevo. Procesos creadores a su propio nivel sin duda. Pero eso no es aún, propiamente hablando, “lo nuevo”, y aún menos “el hombre nuevo”.

A decir verdad, dejando a parte algunos seres diseminados entre las masas y de los que sólo Dios conoce los rostros y los nombres, parecería que esos hombres nuevos, fermentos del devenir del Mundo, aún no se han levantado. Sin duda en la Hora fijada por Dios, serán revelados a ellos mismos bajo el soplo de Su Tempestad y bajo las aguas del Chaparrón.

## 62. La llamada del silencio

(9 de septiembre) ¿Cómo nació y se desarrolló en mí ese oscuro conocimiento de una necesidad de transformación interior? ¿O al menos, en un primer momento, de una transformación de mi vida (si no de mi persona), más profunda que un simple cambio de medio, de actividades y de visión del mundo? Cambio que sin embargo fue sentido en su momento como una conmoción total, abriéndome a una vida totalmente distinta — una vida, por todo lo que involucraba en mí, de una plenitud como jamás antes había conocido, y que por momentos me llenaba de una gratitud maravillada ¡como incrédula de lo que me sucedía!

Es cierto que entonces vivía con un tono que, al menos a la larga, no concordaba con mis inclinaciones profundas. Seguramente, mi vocación fundamental es la de “investigador”. He sido investigador toda mi vida desde la adolescencia<sup>31</sup>, sea mi búsqueda intelectual, carnal o espiritual. Durante tres o cuatro años, mi investigación me llevó al contacto con hombres — no de unos cuantos, íntimos de antaño como antes fue el caso, sino de muchos hombres y mujeres de todos los horizontes, con innumerables rostros recubriendo otros tantos destinos desconocidos, entrevistados en un torbellino, apenas el tiempo, aquí y allá, de entrever su misterio... Contactos efímeros, que por fuerza siempre se quedaban en la superficie. “Fuerza” que se debía más a una carencia de profundidad en mí, de verdadera presencia, que a ese carácter efímero. Incluso

---

<sup>30</sup>Por otra parte, seríamos malvenidos si pensáramos en quejarnos de eso a la dicha Contra-cultura, pues esos “hombres-fermento” aún son hoy algo mucho más que raro (como subrayo más abajo, en el último párrafo). Quejarse de eso a ella vendría a ser por otra parte quejarse de eso a Dios mismo, quien (no tengo ninguna duda al respecto) ha suscitado y animado con su soplo esa vasta ola de fondo, verdaderamente *impensable* en términos sólo de determinismos psíquicos, mucho más cuando no ha sido efímera...

<sup>31</sup>A decir verdad, esa vocación es ya visible desde mi infancia, al menos a partir de los siete u ocho años de edad.

con mis nuevos amigos, aquellos con los que me comprometí en una intensa acción común que me absorbía totalmente y con los que, y a veces *por* los que, progresaba en el trabajo febril hacia una comprensión del mundo, a los que me sentía ligado por sentimientos compartidos de cálido afecto — incluso con ellos el contacto permaneció a penas menos superficial que el que antes mantuve con mis amigos matemáticos o con mis alumnos. Más superficial aún, quizás, por mi parte que por la suya, tan profunda es mi tendencia a interesarme más por las cosas que por los seres, más por el orden que rige el Mundo y las líneas de fuerza de su devenir, que por los seres que lo pueblan y sus vivencias íntimas.

Que me haya implicado al máximo, de un modo tan personal como entonces era capaz, no cambia gran cosa. Ni que haya sabido ver, y superar mal que bien, la trampa de la actitud “militante” o “misionera”<sup>32</sup> que, so capa de la Causa que necesita el apoyo de *todos*, no se acerca a un rostro nuevo más que para enseguida “concienciarle”, lo que en este caso es decir regalarle *mis* Verdades (¡aún calentitas!) y enrollarle en seco a su servicio si se puede, o en su defecto, darle de lado. No, escapé a ese estereotipo tan corriente, ¡que entonces me acechaba a la vuelta de la esquina! Pero he de decir, sin embargo, que lo que me unía a mis nuevos amigos, como antes fue el caso con mis amigos en el mundo que dejé, no era más que de modo accesorio y secundario la simpatía que les tenía. Antes que nada, eran las *tareas* que teníamos en común y a las que me dediqué hasta tal punto que al nivel subjetivo de la vivencia íntima (permaneciendo inexpresada, ciertamente, incluso a mí mismo), y lo quiera o no, me aparecían verdaderamente como *mis* tareas<sup>33</sup>. Y lo quiera o no también, como en el pasado, mi interés por el prójimo seguía condicionado por esas tareas y por la parte que él estaba dispuesto a tomar a su cargo. No manaba, simple y espontáneamente, de la fuente viva de una simpatía que preexistiera a toda tarea, a toda “investigación”.

Esa ambigüedad en mi relación con el prójimo todavía no ha desaparecido de mi vida. Y en modo alguno es algo especial de mi persona. Ese “don de simpatía” en el que pensaba hace un instante es ciertamente una de las cosas más raras y más valiosas del mundo. No sé si algún día, en esta vida, me será concedido. Desde luego, fue en esos años cuando, más que en ninguna otra época de mi vida, estuve en contacto cotidiano, “masivo” e intenso con el prójimo, de modo que movilicé toda mi energía para asumirlo — fue entonces cuando estuve confrontado del modo más insistente con esa ambigüedad continua, que durante mi vida ya me había seguido paso a paso. Oscuramente sentía su insidiosa presencia, sin tener en ningún momento la lucidez de pararme en ella, de confrontarme a ella como a algo que planteaba un problema y que bien merecía que me parara en ella. La idea misma de “pararme” así sobre algo de mi propia vida, de mirarlo, de interrogarlo en suma después de haber sentido antes la interrogación muda (¡y sin embargo cuán insistente!), en lugar de contentarme con seguir “a ojo” la pendiente de los mecanismos totalmente trazados de atracción-repulsión, agradable-desagradable — tal idea aún no me había venido jamás. No habría podido verme de ningún ejemplo a mi alrededor, de un modo de hacer o de una actitud interior de la que algún día hubiera sido testigo. No recuerdo, por otra parte, que esa cuestión, concerniente tanto a la cualidad de las relaciones entre nosotros en el seno del pequeño núcleo que formábamos (alrededor de la redacción del boletín *Sobrevivir y Vivir*), como a nuestras relaciones con el exterior, haya sido jamás evocada entre nosotros, y dudo que alguno la haya planteado. Creo que ninguno de nosotros tenía entonces la madurez para percibirla de forma lo bastante clara para estar en situación de plantearse a sí mismo.

El hecho es que por mi vocación, que ha hecho de mi vida una investigación sin fin, como también por mis inclinaciones que concuerdan con ella, estoy hecho para una vida mucho más de soledad que de encuentros, mucho más de silencio que de palabras. Sólo al atardecer<sup>34</sup> he reconocido con toda su fuerza esa necesidad profunda y he dejado de obstaculizarla con una falsa “generosidad”, que me hace ponerme a disposición de los demás con una disponibilidad molesta en el fondo y totalmente superficial. Ir así al encuentro de mis verdaderas necesidades y deseos, eso al final no tiene nada que valga para dar<sup>35</sup>. Para ser

---

<sup>32</sup>Por otra parte en eso fui ayudado por varios amigos de *Sobrevivir y Vivir*, de más experiencia y madurez que yo, que evoco en la nota a pie de página (18) página 8 en la sección “El Sople y la Tempestad” (nº 60).

<sup>33</sup>Compárese con la reflexión en *Cosechas y Siembras* en la nota “El retorno de las cosas (o una metedura de pata)” (CyS II nº 73).

<sup>34</sup>A partir de julio de 1979, cuando por primera vez me retiré a una soledad casi completa. Ésta se prolongó más de un año. Fue el año en que, veintidós años después de la muerte de mi madre y treinta y siete años después de la de mi padre, por primera vez “conocí a mis padres” y lo que había sido su vida. Fue entonces cuando descubrí las fuentes del conflicto en mi ser, que se remontan a los lejanos días de una infancia desgarrada y olvidada...

<sup>35</sup>Estas reflexiones se aplican a más o menos todas las relaciones que he tenido con el prójimo, salvo aquellas basadas en algo que se hacía en común. Entre éstas, ciertamente, hay que contar mi relación con las mujeres que he amado, que durante mucho tiempo tuvieron un gran lugar en mi vida.

capaz de dar algo de mí mismo que sea valioso, hace falta que haya madurado en mí, cual un fruto del que yo sería el primero en sentir el peso y en gustar el sabor. Sin eso, mi “disponibilidad” es como la pulida superficie plana de un espejo, reenviando al otro sólo el reflujó de un movimiento superficial que le hace venir hacia mí, y que él encuentra en mí con el mismo espíritu con el que lo recibo sin acogerlo verdaderamente, prestándome a él sin ser capaz de darme verdaderamente.

\*            \*  
                 \*  
                 \*

He necesitado largos años antes de percibir claramente esas cosas — lo bastante claro para que, sin tener que tomar siquiera una decisión, mi vida se replegara y se concentrara en esa necesidad cada vez más insistente y más imperiosa de soledad. Soledad bienhechora, bendita soledad saturada de silencio, matriz fecunda del trabajo que debía hacerse en mí y que ya, seguramente desde hacía unos años, me llamaba...

Lo cierto es que después de uno o dos años de intensa actividad militante, comencé a sentir conscientemente esa necesidad creciente de recogimiento y de silencio. Pero quizás sería más justo decir que sentí, primero poco a poco, el carácter totalmente superficial, y a la larga (a medida que pasaba el tiempo y se probaban las nuevas actividades y el papel nuevo que me concedían...) *repetitivo*, del movimiento en el que me había involucrado y que terminaba por ser percibido más y más como una *agitación*, antes que como un verdadero movimiento creador.

Había sido un movimiento creador, ciertamente. Pero en ese momento, insensiblemente, lo sentía deslizarse hacia una rutina. El descubrimiento del Mundo y del prójimo cedía el paso a los reflejos recién adquiridos. Contrapartida, seguramente, del nivel superficial en que se mantenían las relaciones estrechadas y mantenidas alrededor del proyecto común. Sí, los reflejos se ponían a punto, distinguiendo tales “perfiles” en los interlocutores (que convenía entonces abordar de tal manera), memorizando todo un abanico de tales preguntas o cuales objeciones que se repetían sin cesar, y a las que ya no había que buscar respuestas titubeantes, sino simplemente devolver (¡como apretando un botón!) tal réplica preparada. Réplica pertinente en sí misma, incluso evidente, y sin embargo ya manida, a fuerza de haber sido dicha y redicha.

Frente a nosotros mucha confusión ciertamente, también mucho miedo que no dice su nombre (y que entonces sólo adivinaba), una inmensa reticencia a confrontarse con la realidad (reticencias y miedos que nos vienen de los posos de un pasado milenarío...), una irresistible tendencia a adherirse a las ideas tranquilizadoras, bordeando a veces lo grotesco y lo débil (pero en las que el humor negro inconsciente y la provocación tenían quizás también un papel que jugar...); a veces también, en los “funcionarios” que se identificaban sin reserva con el orden y las instituciones establecidos, y hasta en sabios aureolados de prestigio (y de poder...), una crasa mala fe bajo unos aires sonrientes, perentorios y distinguidos, que cortaban la respiración...<sup>36</sup>.

Ciertamente, cada una de las innumerables cuestiones, evocadas en los debates públicos o en la correspondencia (creciendo hasta llegar a ser desbordante...) alrededor de Sobrevivir y Vivir, era urgente e importante. Cada una era el arranque hacia una profundidad que, en cuanto se continuaba un poco, desembocaba directamente en las grandes cuestiones: las de nuestro tiempo, y también, a menudo, las de todos los tiempos. Pero al nivel al que se proseguía el contacto, incluso al nivel en que entonces nos encontrábamos nosotros mismos, esa “profundidad” tenía que permanecer ella misma superficial. Hiciéramos lo que hiciésemos, ella no implicaba más que a nuestro pensamiento “de superficie”, el pensamiento consciente, el intelecto, sin incluir las partes más profundas, mucho más potentes y preponderantes en la psique (de

---

<sup>36</sup> Aquí pienso especialmente en las tomas de posición oficiales a propósito del debate sobre la industria nuclear. Eran reproducidas servilmente por la gran prensa al completo, que jamás hizo alusión siquiera a la existencia de un debate sobre problemas temibles que, hoy más que nunca, parecen insolubles. Ésa fue la primera ocasión en que pude constatar en vivo lo que podría llamarse una verdadera *corrupción intelectual* (síntoma ciertamente de una corrupción espiritual más profunda...) tanto en los medios científicos afiliados al complejo nuclear-militar, como en los de la información. (Corrupción que, en el primer nombrado de los dos, no ha hecho más que progresar en proporciones pavorosas.) El único periódico “asentado” en Francia que daba una contra-información (y además sería) sobre el problema nuclear, y más en general sobre la crisis ecológica, era Charlie Hebdo, sobre todo bajo el impulso de Fournier. Desgraciadamente, la audiencia de Charlie Hebdo era de lo más limitada, y entonces apenas rebasaba los medios más o menos marginales.

las entonces no teníamos aún ni la menor idea<sup>37</sup>). Presentíamos confusamente, sin que ninguno de nosotros (creo) se diera cuenta plenamente, que la profundidad pasa necesariamente por lo que es más íntimamente personal — por lo que es siempre *tu*, no sólo en los debates públicos y en las correspondencias establecidas alrededor de una acción militante (aunque sea una acción que pretende la “subversión cultural”), sino *en toda ocasión*. Solamente una o dos veces, en esos dos años de intensa militancia “cultural”, ocurrió que, por un momento, fueran barridas las defensas acorazadas que aprisionan la inoportuna violencia de una emoción liberadora surgida de las profundidades. (Para dejarnos acto seguido con ese sentimiento de malestar ambiguo, por no decir de vergüenza, al haber sido desbordados y arrastrados así por lo imprevisible y lo incomprendido y por eso, al no haber sabido estar esa vez, en absoluto, “a la altura”...

En el punto en que estábamos, ese gran Debate que habíamos venido a sembrar bajo la presión de los tiempos, debate ciertamente candente y de mil y una caras, entonces no podía más que limitarse a una superficie, cuidadosamente circunscrita y balizada por fuerzas invisibles y vigilantes. Por otro lado ¿no es así todo “debate”, todo lo que no se acerca al prójimo, finalmente, más que en general, e incluso aunque no se dudara en implicarse de modo totalmente personal? ¡Esa “implicación” no puede ser ella misma más profunda que la mirada en sí mismo del que se implica! E incluso aunque la mirada hubiera alcanzado una profundidad, ésta, en verdad, no es algo que se pueda repartir bajo pedido. No es de naturaleza que sirva de medio para animar o alimentar un “debate”. Se sitúa en un nivel totalmente diferente a todo debate, a toda discusión, a toda opinión sobre esto o aquello, de toda opción “pro” o “contra”. No se entrega más que en rarísimos momentos, que nadie puede prever (sino sólo Dios, quizás...), y aún menos preparar conscientemente. Entonces se comunica en una obra nacida de esa profundidad y alimentada por ella, madurada en el silencio, y largo tiempo llevada con ternura...

Esas cosas, creo, eran “sabidas” entonces en alguna parte de mí, pero a un nivel que escapa a la mirada del pensamiento consciente. Por el contrario, cada vez con más fuerza, salía a la luz en mí ese sentimiento de una “agitación” totalmente caótica, desordenada, sucediendo a la ola de vasto alcance que me había llevado al principio — una agitación hecha de una infinidad de pequeños “movimientos superficiales” surgidos de los miedos y de los apetitos, de las expectativas y de los temores, de los reflejos periféricos igual que de las fuerzas egóticas dominadoras de innumerables millones de seres arrastrados en la gran deriva de los Tiempos, y en la que mi propio querer y mi voz, esforzándose obstinadamente en forzar *su* estela, no eran finalmente más que una de esas ondas entre millones de otras que se propagaban en todas las direcciones posibles (¡e incluso imposibles!) a la vez, enmarañándose y finalmente aniquilándose unas a otras, como agitándose por el efecto de las leyes del azar en la inmensa Rueda de una suerte de inexorable Tómbola gigante.

O para decirlo de otro modo: tenía ese sentimiento irrecusable de que mis actividades habían (no sabría decir cuándo ni cómo) cesado de ser *acto*, y que cada vez más mi voz se encontraba irremediamente engullida en un mar de *ruido*; que formaba parte de esa marea montante de ruido que llenaba y sumergía ese Mundo demente cuyo mismo sentido y lo que fue substancia se desbarataba y se disgregaba en ese caos de ruido. Mis esfuerzos por encauzar lo que no sabría ser encauzado, por imprimir una dirección a lo que no podía ser dirigido y se disgregaba ante mis ojos en esa agitación caótica, en ese frenesí ciego, destructor de todo sentido y de toda vida — esos esfuerzos mismos formaban parte de un caos, alimentando con su irrisorio aporte ese proceso de disgregación caótica, ese frenesí del verbo delirante, ese estruendo, ese ruido...<sup>38</sup>

Es por esa percepción aguda de una cacofonía del ruido en la que yo mismo participaba (percepción aflorando en la conciencia pero mucho más potente aún, seguramente, en las capas sumergidas...), por lo que salió a la luz en mí, de una sola vez, una *nostalgia del silencio*. Nostalgia ciertamente muy discreta y ¡oh cuán insólita! que llegaba como los pelos en la sopa mientras que el Mundo, para sobrevivir y para vivir, ¡tenía la mayor necesidad de nuestros esfuerzos! Tan insólita incluso que durante un buen tiempo tuve que reprimirla duro, barrerla del campo de la conciencia clara. A fuerza de empujar (discretamente...), terminó

---

<sup>37</sup>A decir verdad, por mi lectura de Krishnamurti, que me puso la mosca detrás de la oreja, tenía alguna idea en ese momento, y tuve amplia ocasión de hacer observaciones en ese sentido un poco por todas partes a mi alrededor. Pero (como he subrayado en otra parte) eso no me ayudó mucho, a falta de ver la acción de las fuerzas inconscientes en mí mismo, o al menos darme cuenta de su existencia. (Compárese con la sub-sub-sección “El hecho más chiflado” (nº 56, 7), a.), principalmente la nota a pie de página (\*) página 255)

<sup>38</sup>Compárese con la apoteosis del ruido en la nota “La Ley, el discurso y el Ruido — un ciclo milenarío se cierra” (nº 57), página 176.



sin embargo por infiltrarse, y terminé, casi harto, por admitir su existencia. Incluso llegué, una o dos veces, a hablar de ella a otro, con esa extraña impresión no obstante de “hacer tongo” (¡la voz de la “razón”! sin duda, ¡otra vez ella...!), tan lejos estaba entonces de mis hábitos mentales bien templados el prestar atención a tales “imponderables” indignos de pararse en ellos, en vez de seguir, imperturbable, la vía que firmemente me había trazado. Y todavía recuerdo mi sorpresa de que una dubitativa alusión despertase un eco, y de constatar que otros también habían sentido el insidioso dominio del ruido, y al igual que yo sentían (aunque no estuvieran más dispuestos que yo a seguirlas...) la insistente atracción y la muda llamada del silencio.

### 63. Caballero de la vida nueva

(10 de septiembre) Es ante todo, creo, por esa percepción creciente de la sobre-saturación del mundo y de mí mismo por el *ruido*, y por la nostalgia del silencio que hizo nacer en mí, por lo que entró en mi vida ese sentimiento o (mejor dicho) ese *conocimiento* de una necesidad de transformación interior, evocada al principio de la reflexión de ayer. Seguramente, me daba cuenta oscuramente (sin creérmelo demasiado, de lo ridícula que sin duda me hubiera parecido la idea, una vez expresada...) de que ese silencio al que aspiraba como a mi pesar *era* la transformación que me llamaba, *era* esa “vida nueva” que en un mismo movimiento con millares de otros seres, llevado con ellos por el mismo soplo, me sentía llamado a crear. Hacía dos años, en 1972, que de acuerdo con un puñado hablaba y teorizaba sobre esa famosa “vida nueva”, eclosionando ya en una abundancia de experiencias de vida comunitaria un poco por todas partes, en medio urbano igual que en el campo, en Francia ciertamente pero con más vigor, aún más masivamente, tal vez de manera más diversa, más rica, más radical y también, ya, más estructurada, en los Estados Unidos<sup>39</sup>. Por fin era el tiempo, dejando a otros la preocupación de escribir y discutir sobre el viejo mundo agonizante y sobre el nuevo que estaba naciendo, de lanzarme al agua yo mismo para aprender a nadar nadando ¡y a vivir (“nuevo”) viviendo!

Consideraciones de lo más convincentes y pertinentes me habían convencido realmente de que la forma de vida comunitaria es la que estaba llamada, en la sociedad de mañana que ya se iniciaba, a reemplazar a la familia tradicional, decididamente en declive y en lo sucesivo superada. Ésa era la forma de vida, eso se daba por supuesto, con la que me iba a comprometer: iba a “poner en marcha una comunidad”. Como el que se dispone, en suma, a fundar una familia, cuando no falta más que encontrar la esposa. No esperaba más que a los compañeros providenciales, hombres y mujeres o parejas con o sin niños, que se unirían a mí (si yo no me unía a ellos) ¡para hacer el camino juntos!

Ciertamente, no ignoraba que la mayoría de las comunidades, surgiendo como champiñones en una mañana de lluvia, se disgregaban a la tarde. Pero la idea de que me pudiera suceder lo mismo ni se me ocurría, tan henchido estaba de una confianza en mí incondicional y sin réplica, tan seguro me sentía de que sabría comprometerme sólo en el momento oportuno, con compañeros tan dignos de confianza como yo mismo, con recursos no menos valiosos que los míos. Sin llegar a decirlo ni siquiera a darlo a entender, secretamente ya veía relumbrar ante mis ojos una especie de comunidad-piloto, llamada (se daba por descontado) a tener gran proyección por sus iniciativas y también por su calidad de vida y de relaciones humanas, muy abierta al exterior (también se daba por supuesto), valiosa conexión de Sobrevivir y Vivir en el tejido comunitario que ya veía extenderse sobre el país...

Incluso “el silencio”, seguramente, debería estar incluido (pero no sabría decir cómo) en esa visión tan hermosa de una especie de célula experimental para el cuerpo de la sociedad del mañana. ¡No me estaba

---

<sup>39</sup>Tuve la posibilidad de ver sobre el terreno, desgraciadamente un poco “al vuelo”, la Contra-cultura en los Estados Unidos, durante una gira de unas semanas que hice por una quincena de Universidades americanas, invitado en calidad de conferenciante matemático, pero de hecho para animar debates sobre la Crisis de Civilización. Finalmente tuve contactos mucho más calurosos y más interesantes con la población estudiantil contra-cultural en los campus universitarios y con otros marginales “down town”, que con mis colegas, de los que prácticamente ninguno estaba dispuesto a desprenderse de sus rutinas de pensamiento y de vida. Por el contrario, quedé fuertemente impresionado por la fuerza, la originalidad y la riqueza del movimiento comunitario en los Estados Unidos, en un momento en que el movimiento similar en Francia comenzaba justo a eclosionar.

poniendo, ciertamente, en el camino del “silencio”! Hicieron falta aún más años para que, cual un ladrón nocturno, furtivamente viniera a visitarme aquí y allá para despojarme una a una, como otros tantos muebles heteróclitos que estorban, de las ilusiones nuevas y antiguas, firmes o vacilantes, a las que tanto apego había tenido. Hicieron falta aún más años antes de que al fin el gran despojador se quedara a vivir y que su hermana, la soledad, se hiciera (esta vez creo que para siempre...) mi amorosa compañera.

Ya he hecho alusión<sup>40</sup> a las dos experiencias comunitarias que hice una tras otra, en un intervalo de menos de un año, saldándose una y otra, después de unos meses a penas, con el fracaso más agrio y lamentable. La primera comunidad, con el evocador nombre “Germinal”, en una ciudad bastante grande de la región parisina (en Châtenay-Malabry), en el invierno de 1972/73. La segunda en el campo, en un terreno de unas treinta hectáreas sin agua ni edificaciones, en el Lodévois, en el verano de 1973. Se trataba de implantar una comunidad agrícola centrada alrededor de un rebaño de cabras famélicas, todas aquejadas de mamitis y otros males semejantes. Aunque menos enfermas que nosotros, los comunitarios de la vida nueva, tan enfermos del alma como lo estaban los anteriores propietarios, mientras que esas pobres bestias sólo estaban enfermas del cuerpo. Esa comunidad estalló (al cabo de unas semanas) bajo la presión de la violencia contenida acumulada en algunos de nosotros, mientras que la anterior se disgregó en la desgana y la corrupción.

Podría escribir una novela sobre cada una de esas dos epopeyas de vodevil, pero no es probable que encuentre el tiempo libre para hacerlo. Y al repensarlo ahora, me doy cuenta de que es evidente que lo que ocurrió no podía dejar de ocurrir, visto el contexto y el estado de inmadurez en el que me encontraba, saturado de ingenuidad, tan ciego respecto de los otros como de mí mismo, e íntimamente convencido de lo contrario, como es debido. Claramente tuve que pasar por ahí, ¡para continuar y completar mi aprendizaje “por las duras” de mí mismo! Éste sería el momento de intentar desentrañar en qué me han sido finalmente necesarios y beneficiosos esos dos fiascos humillantes y dolorosos<sup>41</sup>.

En aquél momento, es cierto, estuve muy lejos de extraer todo el jugo. Lo más importante que tenían que enseñarme, sólo empecé a aprenderlo al año siguiente, en la primavera de 1974: la lección de mis propias insuficiencias y sobre todo, de ciertos mecanismos inveterados en mí que seguía con ojos cerrados, y cuyos frutos inexorablemente recogía, durante toda mi vida, en cosechas de dolor y de amargura. Después de esos dos elocuentes fracasos, aún me dejé arrastrar por el sempiterno reflejo de ver con grandes letras los fallos de los demás, y los míos con un tenue punteado. No conseguía desprenderme de la idea (aunque empezaba a sentir confusamente que debía haber algo que no encajaba...) de que también esa vez, como tan a menudo, ¡vaya! verdaderamente no había tenido suerte, al caer precisamente con los que no debía. Ciertamente reconocía que era responsable de mis elecciones, y principalmente de con quién hacía las cosas en común. Me había faltado clarividencia, se daba por supuesto, al dejarme deslumbrar o engañar. Pero no lograba, con la mejor voluntad del mundo, ver más lejos. Tenía unas grandes anteojeas, como las que tan a menudo había tenido ocasión de notar en los demás (tan grandes, en verdad, que a veces no podía creer lo que veía...); incluyendo recientemente y muy de cerca, en mis famosas comunidades de la vida nueva. Pero (parecido en eso a todos mis compañeros) no las veía *en mí mismo*, demasiado convencido de antemano de que yo (¡y eso era lo menos importante!) estaba libre de tan molestos accesorios.

Sin embargo, ahora distingo varios frutos inmediatos, a los que entonces estuve lejos de conceder atención, tan violenta fue la acusación de mí mismo que me llegaba por esos humillantes fracasos. El más evidente de esos efectos beneficiosos inmediatos, es que entonces comprendí, de una vez por todas, ¡que no estaba hecho para la vida comunitaria! Por lo mismo, a la fuerza, estaba menos convencido de que la familia de los viejos y buenos tiempos, “patriarcal” y todo eso..., estuviera destinada a desaparecer para dar lugar a las comunidades. (Todavía hoy ¡me guardaría mucho de aventurar un pronóstico al respecto!) Entonces comencé a apreciar el valor de estar en la propia casa y, si no se me obliga a la fuerza, no me veo renunciando jamás a una ventaja tan inapreciable.

Ahora tampoco me veo viviendo en la ciudad — la ciudad tentacular, devorante y trepidante de hoy en día, símbolo árido y ruidoso de la demencia de nuestro tiempo. Sin embargo las costumbres adquiridas son algo tan fuerte que también eso fue como un desgarro, el sustraerme a la atracción del crisol gigante de

<sup>40</sup>Véase la nota “El viraje — o el fin de un sopor” (nº 33), página 117.

<sup>41</sup>Esos fiascos no sólo eran “humillantes” para mi imagen de marca, sino también “dolorosos” al alcanzarme de un modo más profundo, ante todo por el deterioro que se acentuó, en tal ambiente poco propicio para la expansión, entre algunos de mis hijos y yo.

la aglomeración parisina para lanzarme en paracaídas en un rincón perdido Dios sabe dónde. Sin embargo ya hacía un año o dos que sentía la necesidad de dar el salto. La vida de mañana, y sobre todo la de pasado mañana, no es el París de hoy, no es ahí donde se puede comenzar a vivir verdaderamente, y en todo caso ¡no se puede crear la sociedad nueva! Sea lo que sea, las perspectivas de “crear la vida nueva en el campo” (donde justamente un terreno estaba disponible, con un pequeño grupo que ya se preparaba para instalarse en él y que me invitaba a unirme a ellos...) son las que finalmente me motivaron para sacar la energía de romper las amarras de la ciudad y hacerme campesino. ¡He aquí algo bueno que estaba hecho!

#### 64. El mensajero

(11 de septiembre) Al comenzar este capítulo, pensaba pasar inmediatamente al que me parecía que era el siguiente “momento” particularmente notable en mi aventura espiritual, después del gran viraje espiritual de 1970; momento que tuvo lugar cuatro años más tarde<sup>42</sup>. Pero más que nunca ¡el hilo de la reflexión se me escapa! Hace justo una semana, y en siete secciones completas, que me he detenido en el episodio de mi implicación en cuerpo y alma en el movimiento de la Contra-cultura, episodio que se extiende desde 1970 a 1973: desde mi “desgarro” del medio matemático a principios de 1970, hasta el hundimiento de mi segunda y última experiencia comunitaria en el verano de 1973. El obstinado movimiento que me sumió durante esos últimos días en la significación de esos años, en los que raramente he vuelto a pensar hasta ahora y siempre sin detenerme, para mí es una señal de la importancia de ese largo episodio en mi vida; y también, seguramente, de su importancia para el mensaje desarrollado en la Llave de los Sueños, mensaje que se me revela a medida que progresa la escritura.

En mi vida, fueron años cruciales de formación. Años de *preparación* ante todo, cuyos mejores frutos, en el plano de la vida espiritual, no se formarían y madurarían, uno a uno, más que a lo largo de los diez o quince años que han pasado desde entonces. En el otoño de 1973, cuando tomé un camino desconocido que más adelante iba a alejarme más y más del fervor (y también de la agitación...) de las grandes tareas emprendidas en común, los frutos más visibles se daban más (me parece) en el plano intelectual que en el espiritual. En esos años comenzó a formarse una visión del mundo de hoy, de la Crisis sin precedentes con la que está confrontado, y también una visión del hombre y de su caminar errante a través de las prisiones de sus propios espejismos. Para que este esbozo, ciertamente muy parcial<sup>43</sup>, pudiera ser espiritualmente fecundo, alimentando una vida propiamente espiritual, aún le faltaba implicarme de manera más esencial, más neurálgica que el mero papel social que me correspondía — era necesario que la Imagen muda, invisible y omnipresente, la Imagen pesada y rígida que se había fundido conmigo y me había aplastado toda mi vida, fuera descubierta, fuera *vista* al fin y se hundiera... El primer umbral que al fin me hizo entrar (sin que entonces pudiera formulármelo en esos términos) en una “vía espiritual”, con el primer esbozo (¡oh cuán tímido aún!) de un itinerario de descubrimiento de sí, iba a traspasarlo al año siguiente<sup>44</sup>.

A otro nivel, esos años consagraron mi alejamiento, ya sin retorno, del medio matemático que había dejado, igual que también consagran, irrevocablemente, un cambio en el modo de vida. El ciudadano impenitente que fui, prisionero como a mi pesar de las super-concentraciones de materia gris científica de alto nivel que representan algunas grandes ciudades<sup>45</sup>, se convirtió en arrendatario y habitante permanente

---

<sup>42</sup>Ya he hecho alusión aquí y allá a ese “momento de la verdad” (y por primera vez en las tres notas consecutivas “Los reencuentros perdidos”, “La llamada y el rechazo” y “El viraje — o el fin de un sopor”, n<sup>os</sup> 31–33), principalmente en la página 103. Pienso hablar de modo más detallado en la próxima sección.

(28 de septiembre) Véanse mejor las secciones n<sup>os</sup> 67–69 en el próximo capítulo.

<sup>43</sup>Era muy consciente de ese carácter parcial, de la ausencia de una visión de conjunto coherente del mundo. Sin embargo, incluso en esa primavera, ni se me vino a la cabeza dedicarme a un trabajo mínimamente consecuente para remediarlo. Me explico respecto de mi desconfianza hacia tal trabajo en la sección “Encuentro con el Soñador — o cuestiones prohibidas” (n<sup>o</sup> 21), principalmente las páginas 56 a 58.

<sup>44</sup>Es el “momento de la verdad” que hemos citado más arriba (ver la penúltima nota a pie de página).

<sup>45</sup>De hecho esa era la única razón que me mantenía cerca de las grandes ciudades, mientras que mis inclinaciones espontáneas

de una rústica mansión campestre, seguramente centenaria, de gruesos muros como ya no se hacen, situada en un pintoresco y minúsculo pueblo en la ladera de una colina en el Lodévois, en adelante participando, por poco que sea, en los tranquilos ritmos de la vida lugareña.

Para el mensaje de la Llave de los Sueños y, más allá del mensaje de un libro particular, para mi *misión*, esos años fecundos en los que entro en la misión son también los que, de golpe, me ponen en contacto íntimo e intenso con la gran Crisis: Crisis de civilización, Crisis “evolucionista”<sup>46</sup>, Crisis espiritual sin precedentes...; y también en contacto, por eso mismo, con la perspectiva de la gran Mutación a la que ésta, necesariamente, nos enfrenta — ¡bajo pena de perecer! De perecer, y de arrastrar en nuestra propia destrucción el prodigioso y delicado tejido de vida sobre la tierra, esa maravilla de las maravillas de la Creación, fruto de las incesantes labores creativas de la Vida desde los tiempos más remotos, que prosiguen sin descanso hasta nuestros días durante miles de miles de milenios... Ese Plazo ineludible, esa pesada amenaza pero también (cuando una *fe* viva, una *fe* loca y temeraria la transforma...) esa inaudita y poderosa *provocación* de todos los recursos creadores olvidados en la espesura del hombre, fue en esos años cuando por primera vez pude al menos entrever (si no captar verdaderamente) su titánica medida, prometeica — y presentir con vértigo (del que casi no era consciente, tan inmaduro estaba aún para asumirlo y superarlo...) que sus dimensiones, en verdad, superaban infinitamente las meras posibilidades humanas.

Puede que la fidelidad fundamental, al menos la que me ha vuelto apto para la misión de “mensajero” a mí confiada, sea la de haber llevado el conocimiento de ese temible Plazo sin la veleidad de quitármelo de encima arrinconándolo en el Inconsciente, u olvidándolo enseguida bajo el encanto del momento presente y en el flujo de la vida que continúa y exige sus derechos, ni tampoco simulando mitigar todo su impensable alcance. Ciertamente esos “estados del alma” que me he aventurado a evocar aquí parecerán a casi todos (y también a una parte de mí mismo, que sin duda no se desarmará jamás en toda mi vida...) vanas sutilezas psicológicas, quimeras sin importancia y que no merece la pena mencionar. Sin embargo, tales “sutilezas”, tales “quimeras” seguramente (ahora tengo la convicción plena) ¡son las *primeras* en la Mirada de Dios! No son ajenas, seguramente, a Su extraña elección, elección incluso majareta a la vista de mi personaje tan poco católico, de designarme a mí Su mensajero (o uno de Sus mensajeros, si algún otro se levanta...), para llevar a un Mundo apoltronado, desplomado y ahogado en su propio ruido, el loco anuncio de la Mutación que ya se prepara en el secreto de la Acción de Dios — del *Umbral* que *debemos* traspasar, queramos o no, sin siquiera la opción (que hasta el año pasado creí abierta) ¡de perecer! No es *ése* Su designio sobre nosotros, que nos hundamos sin retorno en el gigantesco cubo de la basura abierto y lleno de nuestras violencias y codicias. Ciertamente, innumerables multitudes perecerán en la Tormenta — seguramente perecerán todos aquellos que hasta la última Hora permanezcan sordos a las llamadas a despertarse — pero el *Hombre* se despertará a su destino humano, se sacudirá su sopor gregario mil veces milenario heredado del rebaño ¡y *vivirá!* Se despertará y se pondrá en camino, al fin, no por acción humana, sacada como a su pesar de su torpe espesura, sino por el Impulso de Dios surgido de sus profundidades — profundidades insospechadas, olvidadas, jamás conocidas...

En una visión más allá de mi historia personal, seguramente es esa misión de anunciar la que ahora se me presenta como el fruto más pesado, el más rico por su inimaginable Promesa, de esos años turbulentos, intensos, a menudo confusos y problemáticos y sin embargo traspasados por una inmensa esperanza — una esperanza *verdadera*. Fruto tal vez previsto desde mucho tiempo antes de mi incierto nacimiento, desde antes de mis primeros pasos inseguros de niño y de hombre, sostenido por una Mano invisible y amorosa; fruto llamado por una Acción y un Devenir que, en este momento en que escribo, están ante nosotros, invisibles a mis escrutadores ojos igual que a los ojos de todos... Pero fruto que en aquellos años, por más ignorado que estuviera, me correspondía dejar ya germinar y formarse, e iniciar en mí su secreta maduración. Ella prosiguió oscuramente, tenazmente, lejos de toda mirada salvo Una, a lo largo de los catorce años siguientes y hasta en estas notas y en este instante en que escribo.

¿O es mejor decir que estoy exprimiendo un fruto pesado y en su punto, que acaba de desprenderse para caer en mis grandes manos abiertas? Si el fruto es el mensaje, el anuncio de la Promesa y de su próximo

---

me llevaban más bien hacia la vida campestre. Incluso en la ciudad, llevaba una vida retirada y sedentaria, separándome sólo a desgana de mi trabajo. Una vez que “di el salto” y me instalé en el campo, pude constatar, durante mis periodos de intenso trabajo matemático, realizado en una soledad científica casi completa, que mi alejamiento de todo gran centro de “materia gris científica” no era ningún handicap, bien al contrario. Me conducía a salir de todo camino ya trazado mucho más que cuando llevaba una vida de “estrella” científica.

<sup>46</sup>Para ese aspecto “evolucionista”, ver la nota “La Gran Crisis Evolucionista — o una vuelta en la hélice...” (nº 37).

cumplimiento, éste me fue dado en los sueños proféticos, hace ya más de seis meses. Ésa fue, quizás, la última cosecha de esas olvidadas siembras<sup>47</sup>, que ahora me corresponde, celoso servidor del Señor de las Cosechas y bajo su atenta y discreta Mirada, hacer transformar en vino.

## 65. Travesía del desierto, y revelación — o siembras a la espera de sus cosechas

(13 de septiembre) El “desgarro” del medio matemático que tuvo lugar a principios de 1970 (sin que por otra parte me diera cuenta de ello en aquél momento) ponía fin a un largo periodo de estancamiento espiritual, de veintiséis años. Se inicia en marzo de 1944, después de que llegase a la constatación (no obstante llena de consecuencias en sí misma y de apremiantes interrogantes...) de la existencia de una Inteligencia creadora, Creadora del Mundo, y después de haber decido acto seguido que ese hecho, después de todo, no me concernía de modo particular. Doy cuenta de ese estancamiento en la sección “La llamada y el rechazo” (ver página 113 <sup>48</sup>), la última de las tres secciones (nº 30 a 32) dedicadas al episodio de mi primer encuentro con la idea de Dios, o mejor dicho con el *hecho* irrecusable de la existencia de Dios, apartado entonces (como una especie de simple “curiosidad metafísica”) en favor de preocupaciones que entonces me parecían de mayor interés.

Estoy seguro de que Aquél que traté con desprecio no se ofuscó — ¡hay que decir que Él ha visto mucho! Seguramente Él esperaba Su hora, y Él sabía que llegaría. Muchas veces he notado que Él tiene una paciencia incansable, y que a menudo asombra...

Ese episodio tuvo lugar a la edad de dieciséis años. Hasta el pasado mes de noviembre (cuarenta y dos años después), por lo que recuerdo, mi pensamiento jamás se detuvo en Dios, ni me rozó la idea de que Dios tuviera tal vez algún interés en mi persona<sup>49</sup>, que había una *relación* entre Dios y yo, e incluso entre Dios y todo hombre, toda alma humana. Tal vez eso hubiera terminado por ponerme de manifiesto, si hubiera tenido la idea de consagrar una reflexión a la cuestión de la relación de Dios con la Creación en general, y con los hombres (y mi modesta persona entre ellos) en particular. Después de todo ¡estaba bien situado para saber que quién crea no deja de tener una relación íntima y duradera con la obra que en él nace<sup>50</sup>! Pero no recuerdo que la idea de tal reflexión me haya rozado siquiera<sup>51</sup>. Si he terminado por tener conocimiento de una relación entre Dios y yo, por una *experiencia* inmediata e irrecusable, e incluso (eso es evidente de entrada) tan íntima y tan fuerte como la que jamás me haya ligado a un ser cercano<sup>52</sup>, eso

<sup>47</sup>Es un sueño del pasado mes de febrero el que ha llamado mi atención sobre la continuidad entre la misión tal cual me ha sido revelada ahora, y los tiempos olvidados de Sobrevivir y Vivir. No tengo ninguna duda de que ha sido bajo la secreta acción de ese sueño como me he visto conducido en estos últimos días a esta larga “digresión” sobre el periodo de Sobrevivir, a expensas de mis proyectos previstos.

<sup>48</sup>En dicha sección, extendiendo ese periodo de estancamiento sobre treinta años, hasta 1974. Eso fue al no haber percibido todo el alcance espiritual del “desgarro”, y de los años siguientes. Ese alcance aparece progresivamente, con la reflexión realizada primero en la sección “El viraje — o el fin de un sopor” (nº 33) que sigue a las secciones citadas, y luego a lo largo del presente capítulo.

<sup>49</sup>(14 de septiembre) Después de haber escrito esas líneas, he recordado un momento excepcional, incluso único, en noviembre de 1976 (unos días después de los “reencuentros con mi alma” de los que he hablado en otra parte). Entonces “recé” por primera vez en mi vida sin duda, unos momentos, intensamente — y mi oración fue atendida. Volveré sobre ello en su lugar, en el próximo capítulo.

<sup>50</sup>Es verdad que había en mí un propósito deliberado de buen tono, frecuente en los medios científicos que frecuentaba (tono del que estuve impregnado aún hasta el momento de escribir Cosechas y Siembras), consistente en minimizar ese lazo, afectando un “desapego” de los trabajos realizados. Descubro y doy cuenta de mi apego a mi obra, primero en “El peso de un pasado” (CyS I, nº 50, última sección de la primera parte de Cosechas y Siembras, con la que creía cerrar mi ya largo testimonio sobre mi pasado de matemático); luego dos meses más tarde, con una agudeza mucho más apremiante, en la nota “Un pie en el ti vivo” (CyS II, nº 72), en la estela del descubrimiento de mi entierro anticipado...

<sup>51</sup>Para las razones de mi reticencia hacia ese tipo de reflexión, ver la sección (citada ya en una nota a pie de página de la penúltima sección) “Encuentro con el Soñador — o cuestiones prohibidas” (nº 21), principalmente las páginas 56 a 58.

<sup>52</sup>Los términos “tan íntima y tan fuerte”, como se verá en las líneas siguientes, son un puro eufemismo. Corresponden a mi

ha sido sólo por *Su* iniciativa. Es Él (un “Él” que también es “Ella”) quien Se ha dado a conocer como El más cercano y La más cercana, como El más amado y La más amada. Llegó no como el final de un trabajo de reflexión, y menos aún como el de una búsqueda mística, o de un ansia de experiencias extraordinarias llamadas “místicas” (ansia que habría sido suscitada quizás por lo que me podría haber llegado de los estados llamados de “realización”, conseguidos por tales y cuales figuras prestigiosas). Estaba dedicado a un intenso trabajo de investigación sobre mis sueños ¡y bien lejos de soñar nada de eso! El conocimiento de Dios me llegó como nace el amor en la mañana — como una *revelación*. Revelación totalmente inesperada puedo decir, incluso impensable antes de que sucediera — y sin embargo, por impensable que fuese, fue acogida con admiración ciertamente, pero también como algo natural, en el “orden de las cosas” — casi como algo que en ignoradas profundidades de mí mismo ya hubiera sabido, y que me fuera revelado repentinamente un conocimiento íntimo presente ya desde hacía mucho tiempo... Pero me anticipo ¡y mucho!

En el relato de mi itinerario (retomado al fin con el presente capítulo), no me he detenido en el largo periodo de 1944 a 1970, salvo en el episodio (situado justo en la mitad) de la primera *llamada* para entrar en mi misión, y de mi rechazo de esa llamada<sup>53</sup>. No es que esos años no fueran, a su manera, importantes. Pero en la óptica en que me coloco aquí, centrándome en los sucesos señalados en mi itinerario espiritual, y sobre todo en el *franqueamiento* uno a uno de los principales “*umbrales*” que lo han jalonado, no veo más que el mencionado episodio que sea lo bastante sobresaliente para imponerme (de alguna manera) que lo mencione — y sobre todo durante la escritura nada se ha “levantado” para exigir ser examinado y aclararse así. Creo poder decir que fueron años de *siembras* abundantes — a menudo siembras de amargura, que me correspondía hacer crecer en mí y cosechar. No obstante, si hablo de “*estancamiento*”, no es para sugerir con eso una falta de simiente, simiente que por el contrario ‘la Vida’ me traía con profusión (y de la que, a decir verdad, me defendía como podía...), sino un terreno estéril y un segador reticente, incluso ausente. Falta de lluvias, a la simiente le costaba agarrarse al suelo pedregoso ¡y más le costaba crecer! Y la hoz, olvidada, inútil, se oxidaba y se embotaba a fuerza de permanecer ociosa...

Por tanto ese periodo cubre, salvo unos años, lo que habitualmente cuenta como esencial en la vida de un hombre. Así, incluye prácticamente la totalidad de mi vida marital y familiar, que se extiende desde diciembre de 1957 (inmediatamente después de la muerte de mi madre<sup>54</sup>) hasta diciembre de 1971, cuando abandono el domicilio conyugal para no retornar jamás<sup>55</sup>. Tuve tres hijos (en 1959, 1961, 1965). Un primer hijo, fruto de mi primera relación amorosa (aún en vida de mi madre) había nacido en 1953, y un quinto y último (de una compañera efímera, con la que viví entre 1972 y 1974) iba a nacer en octubre de 1973. Ese matrimonio y la vida de pareja durante catorce años, los amores que lo habían precedido y los que lo siguieron, y los niños que nacieron de ellos<sup>56</sup> — todo eso ha pesado en mi vida con un peso no menos pesado que en la de los demás. Pero mi propósito no es escribir una biografía ni un esbozo biográfico, y éste no es lugar para extenderme sobre ese tema, que me he limitado a rozar de pasada aquí y allá en la Llave de los Sueños, y en Cosechas y Siembras. Haría falta un volumen, si no son varios, y dudo que los escriba jamás<sup>57</sup>.

A un nivel muy distinto, ese periodo coincide (salvo un año) con aquél en que me consagré en cuerpo

---

forma de sentir las cosas después de los primeros “sueños místicos” reconocidos como tales al despertar, en noviembre del año pasado.

<sup>53</sup>Véanse las dos secciones “Fe y misión — o la infidelidad (1)” y “La muerte interpela — o la infidelidad (2)” (n<sup>o</sup>s 34, 35) para ese episodio, evocado igualmente justo al principio de este capítulo (segundo párrafo de la sección n<sup>o</sup> 57).

<sup>54</sup>Hablo de esa muerte en la segunda sección citada en la precedente nota a pie de página.

<sup>55</sup>Esa ruptura llegó como el desenlace de una insidiosa e inexorable degradación a lo largo de los catorce años de vida común, a la que ya he hecho alusión de pasada. En el momento de dar ese paso, ni siquiera tuve que tomar una decisión — supe que a poco atento que hubiera estado a mi propia vida durante todos esos años, lo habría dado desde mucho tiempo antes, y sin duda muchos males (de los que en ese momento aún no podía percibir todo el alcance...) habrían sido evitados.

<sup>56</sup>Debería exceptuar al último de esos hijos. Aunque lleva mi nombre, no he podido mantener relaciones con él y su madre (viven en los Estados Unidos). Después de su primer año de vida, sólo lo he visto una vez, en los Estados Unidos, y de eso hace ya diez años.

<sup>57</sup>Si me fuera posible proseguir una reflexión sobre mi vida destinada a ser publicada, sin duda sería sobre mi infancia, y sobre el redescubrimiento de mi infancia y de los desgarros que la marcaron y quedaron profundamente impresos en mi ser. Ese trabajo comenzó (con una primera brecha decisiva) en marzo de 1980. Se hizo más profundo a partir de agosto de 1982 (inmediatamente después del “Encuentro con el Soñador”, que se ha tratado en la sección del mismo nombre, n<sup>o</sup> 21), gracias a los mensajes que me llegaban en sueños que restituían una vivencia traumática olvidada desde la infancia.

y alma a la investigación matemática: desde 1945 cuando, estudiante de diecisiete años, descuido las clases de la Facultad (sin mucho interés para mí) par proseguir durante tres años una investigación matemática ardiente y solitaria, hasta 1970, veinticinco años más tarde cuando, “sabio” y “gran patrón” en la cima de sus medios y del prestigio, dejo el medio científico (si no, a la larga, mi pasión matemática) para no volver jamás. Así, ese periodo de estancamiento espiritual casi completo coincide con el de una creación intelectual particularmente intensa<sup>58</sup>, alimentando una vasta visión innovadora y animada por ella. Mi obra matemática, al menos toda la parte de esa obra que fue publicada, arranca y se despliega en los veinte años entre 1950 y 1970. También esa obra, y mi vida de matemático, por mis amores con las matemáticas y por mis relaciones con mis amigos matemáticos (enamorado como yo de la misma amante...) como con los alumnos que llegaron a ser (así al menos me parecía entonces) mis amigos, con todo lo que esas relaciones han comportado en el nivel de lo no dicho, de lo oculto y de la vanidad que jamás ¡jamás dirá su nombre! — todo eso también fue semilla para futuras cosechas ¡en un campo muy distinto del que creí sembrar! El sentido de esas cosechas siempre imprevistas y a menudo malvenidas, y de esas siembras apasionadas y despreocupadas que las prepararon, lo escruto a lo largo de mi largo “Testimonio de una vida de matemático”, de nombre “Cosechas y Siembras”. Éste no es lugar para volver sobre ello.

## 66. Años-laborables y años-domingo — o tareas y gestación

Después de esta breve retrospectiva sobre el sentido de una “larga travesía del desierto” que abocó en los ardientes años que he evocado en las ocho secciones precedentes, es hora de retomar de nuevo el hilo de mi relato.

Me detuve en el lamentable final de la segunda experiencia comunitaria, en agosto de 1973<sup>59</sup>. Ése fue el momento en que me quedé sólo con la compañera con la que vivía desde hacía poco más de un año, y con la que (como debe ser) contaba terminar mis días. Ella estaba encinta, su primer embarazo, y un niño iba a nacer en octubre, en la clínica de Lodève. Además, las treinta hectáreas de maleza, herencia de la “comunidad” que se había volatilizado y de la que éramos, ella y yo, los únicos supervivientes, habían sido dejadas a mi responsabilidad y a mi cuidado. Durante algunos años aún me esforcé en suscitar allí la formación de un pequeño grupo de neo-rurales, al que eventualmente me asociaría de un modo u otro que habría que encontrar. Por el momento, hacía valerosos esfuerzos para mantener un jardín y agrandarlo, preparando sobre todo, para ejercer de “jardinero novato”, montones largos y altos de magnífico abono ¡para lo que ya veía venir! También fue entonces cuando aprendí a servirme del taladro y de otras herramientas adecuadas, para preparar la casa (recibida en un estado más bien deplorable) y volverla habitable y adecuada para el invierno. También tenía el proyecto de construir un gran domo de arcilla, sin armazón, al modo tradicional nubio, para instalarnos en él después — ¡no era terreno ni arcilla lo que faltaba! Siempre apasionado, pues, con la idea “vida nueva”, que no iba a abandonar así como así. En colaboración sobre todo con los marginales del lugar, había unos cuantos en la región. Pero sin ninguna veleidad de relanzarme a la actividad militante, mientras que las ocasiones in situ, incluso urgentes, no faltaban. Bien curado además de la idea de intentar otra vida comunitaria — en todo caso no en forma de cohabitación bajo un mismo techo.

A decir verdad, ni uno sólo de los proyectos y previsiones que maquiné entonces y en los años sucesivos se realizó: todo lo que emprendía, en la senda de la “vida nueva”, se desmoronaba. No era, creo yo, por falta de convicción o de energía, no más que por abandono. Más bien, creo que ése no era verdaderamente

<sup>58</sup>Reconozco que no tengo la sensación de haber resuelto aún completamente esa aparente contradicción, y eso que no dudo (como señalo por ejemplo en la sección “Belleza y contemplación”, n° 49) que en mi trabajo matemático, al menos en el momento mismo del trabajo, de ninguna manera estaba ausente una dimensión espiritual. Seguramente esa “componente” permanecía muy fragmentaria en mi vida, involucraba capas o sectores demasiado limitados de la psique como para tener una acción espiritual fecunda, o al menos vivificante. Eso fue lo que ya sentí en el momento de la primera “llamada” en 1957 (como en la citada sección “Fe y misión — o la infidelidad (1)”, n° 34). Vuelvo sobre ello de nuevo, sin conseguir aún verlo totalmente claro, en la sección “Del alma de las cosas y del hombre sin alma” (n° 51) y (un poco) en la siguiente.

<sup>59</sup>Es lo que acabo de comprobar, pescando en un dossier de cartas y papeles de ese año. Casi había olvidado la cronología de los acontecimientos, los cuales ya estaban muy difuminados, como casi todos mis recuerdos...

el camino que entonces estaba ante mí, el camino de mi *misión*. Y todos los innumerables fracasos de esos años, tanto al nivel de mis relaciones con los demás como en el de mis empresas, ahora los veo como otras tantas advertencias empujándome hacia el camino aún ignorado — el que esperaba que lo descubriera y lo inventara a medida que me comprometiera con él y lo subiera. (Sin verlo aún ni discernir el sentido de lo que hacía...)

Los cinco años siguientes, hasta el final de 1978, son años muy particulares en mi vida. Es el único periodo de mi vida que no estuvo dominado por toda una *tarea* a la que me habría dedicado a fondo para llevarla a buen fin o al menos, tan lejos como me fuera posible. Ciertamente, no es que estuviera desocupado. Ocupaciones interesantes, útiles, instructivas, incluso apasionantes, nunca me han faltado, no más en esos años que en ningún otro momento desde la adolescencia. Pero ahora sólo eran “ocupaciones”. No eran vividas como grandes tareas, que me hubieran requerido por completo. Entonces no estaba proyectado con todas mis fuerzas hacia un porvenir desconocido, hacia el cumplimiento de la tarea a la que servía y que, al mismo tiempo, me avasallaba. Eran años en que, en tanto me fue posible, *viví en el presente*. Los años en que me concedí, al lado de un “*hacer*” que ya no me mantenía totalmente prisionero, el placer de *vivir*. De vivir, y de mirar, escuchar, sin otra razón ni causa que vivir, mirar, escuchar. Había pasado casi treinta años de mi vida currando como un condenado sin detenerme jamás — currando “mates” primero y “ecología”, “Sobrevivir y Vivir”, “Revolución cultural”, y todo eso después — ahora me concedía unos años para *vaguear*. Cinco años-domingo en suma ¡después de treinta años-laborables!

No fue el efecto de ninguna decisión deliberada. Fue así, simplemente, no sabría decir cómo ni por qué. Además no recuerdo, durante esos años, haberme percatado de eso, que sin embargo es chocante, y aún menos detenerme en ello: toma ¿qué pasa contigo, que no estás liado con ninguna gran tarea? No me di cuenta hasta mucho más tarde, de pasada y sin detenerme<sup>60</sup>.

Con la perspectiva de diez años, presiento que ese larguísimo “domingo” fue algo necesario y saludable. El trabajo que debía hacerse en mí no habría podido hacerse, y lo que debía nacer, nacer, si no me hubiera concedido ese respiro. Igual que una mujer encinta bajaría el ritmo de una vida que tal vez fuera trepidante, para que en una calma propicia llegue a término el trabajo mucho más profundo y delicado que prosigue en ella, bajo la acción de oscuras fuerzas que están *en ella* pero que a la vez la superan infinitamente y que ella no controla. Esos años, que a una mirada superficial pudieran parecer malgastados<sup>61</sup>, en su conjunto (si no separadamente<sup>62</sup>) fueron sin embargo años excepcionalmente fecundos en el plano espiritual — infinitamente más fecundos en ese plano (el único que cuenta a los ojos de Dios) que los anteriores treinta años “currantes”. Fueron los años en que, después de largas y a menudo áridas siembras, llegada al fin la lluvia, comenzaron a crecer las mieses y a recoger las primeras cosechas — ¡abundantes más allá de lo que la sabiduría humana pudiera predecir o esperar!

También fueron esos años aparentemente “ociosos” los que hicieron madurar en mí tareas muy distintas, tareas que entonces ni habría sospechado. Igual que a la joven madre que amamanta por primera vez se le abren unas tareas de una dimensión totalmente nueva, que las ocupaciones que anteriormente la absorbían ciertamente no habrían podido darle la menor idea. Vistas desde la óptica espiritual, nuestras actividades de toda clase, por absorbente y útiles (incluso indispensables o fascinantes) que sean, y aunque nos dediquemos a ellas con pasión, nos hacen movernos dentro del círculo de lo conocido. Por ellas mismas no nos abren a

---

<sup>60</sup>Creo recordar haber hecho esa constatación en Cosechas y Siembras, quizás en “La Llave del Yin y del Yang” (CyS III).

<sup>61</sup>Sin embargo, durante esos años jamás se me vino la idea de que pudiera estar malgastando mi vida, y no tengo ninguna razón para pensar que estaba presente de forma inhibida. Bien al contrario, estoy convencido de que en mi fuero interno bien sabía (aunque entonces no me diera cuenta de las razones) que mi tiempo no podía estar mejor empleado. Sin embargo, en 1979 me llegó un eco por uno de mis antiguos alumnos, que entonces me dijo que le parecía que durante esos años yo habría estado “desesperado” (ésa fue, creo, su expresión), ¡y que incluso temía que yo pudiera poner fin a mis días! De momento me quedé pasmado, luego me dije que seguramente esa había sido su manera de desactivar el cuestionamiento que mi salida del mundo matemático representaba para él y mis otros alumnos: suponer que me había extraviado en un impasse trágico fatal. Es cierto que con el descubrimiento de mi anticipado entierro por la afanosa cohorte de mis alumnos, bajo la dirección del amigo Pedro que hace de Gran Sacerdote, ese temor (¿o expectativa?) de mi próximo fin recibe una iluminación inesperada y, si puede decirse, un encanto totalmente nuevo...

<sup>62</sup>El año 1975, y el periodo de año y medio entre marzo de 1977 y septiembre de 1978, marcan cada uno una parada bastante clara en mi progresión espiritual, después de los importantes umbrales cruzados en 1974 y 1976, sobre los que pienso volver en el próximo capítulo.



mundos nuevos. En el límite, si no ceden cuando llega la hora, nos atan, impidiendo la eclosión de lo que debe eclosionar. Pues las fuerzas que en los oscuros repliegues del ser hacen surgir y brotar y germinar lo nuevo, y lo hacen salir a la luz cuando llega la hora — esas fuerzas no son del hombre, y actúan siguiendo caminos y fines, tanto cercanos como lejanos, que el hombre a lo más puede presentir (en los efímeros momentos de mayor claridad...) pero jamás prever ni predecir y menos aún dirigir. Ni siquiera puede secundarlas con una actividad conscientemente decidida y sistemáticamente proseguida. En esos momentos sensibles donde los haya (¡y que ninguna advertencia ni son de trompeta anuncia!) en que el ser mismo brota y se prepara para transformarse bajo la acción de oscuras fuerzas que no son nuestras, lo mejor que podemos hacer por nuestra parte es *asentir* plenamente, con todo lo que somos, a Aquél que actúa en nosotros, dejarle obrar a Él sin interferir demasiado con *nuestro* querer y con *nuestras* ideas sobre lo que conviene que seamos o que hagamos. Y además ese asentimiento del ser, nuestra única y humilde contribución a la Obra desconocida que se realiza en nosotros, se cumple y se renueva día a día sin siquiera darnos cuenta, en la sombra y en el silencio, en lugares muy profundos ocultos para siempre a la patosa mirada de la conciencia.